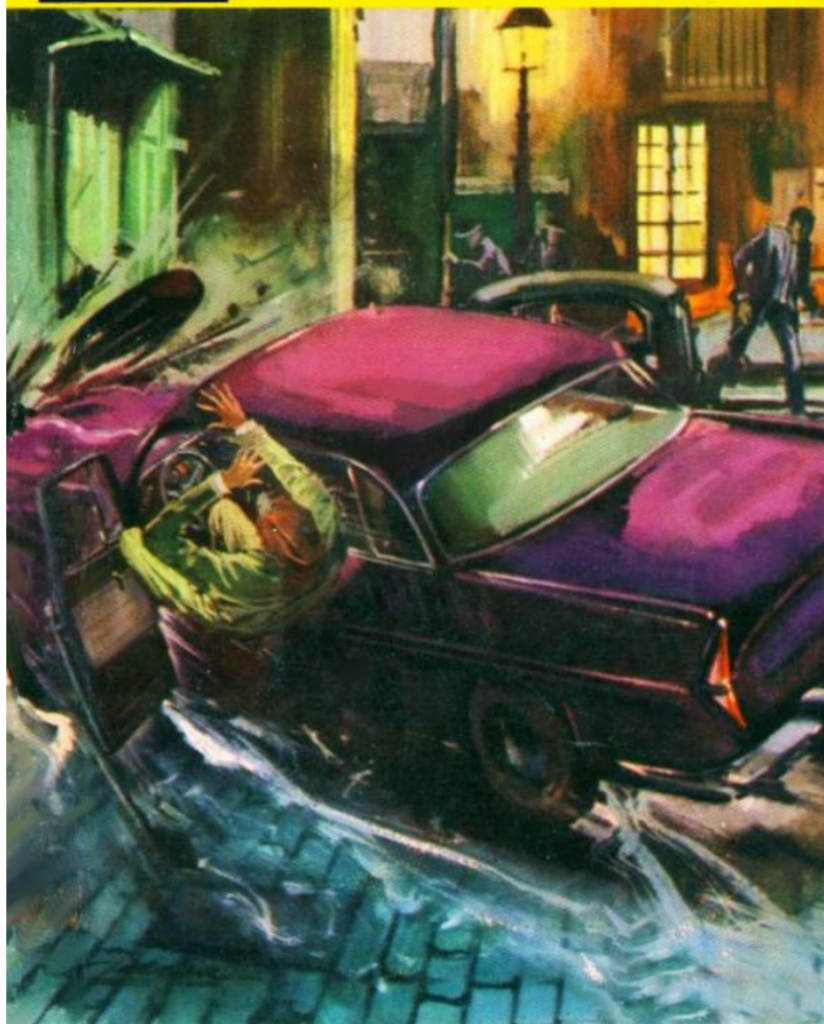




siniestro destino

burton hare



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



BURTON HARE

SINIESTRO DESTINO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 380
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 24.527 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1969

© Burton Hare - 1969
sobre la parte literaria

© Miguel García - 1969
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

CAPÍTULO PRIMERO

Ken Malloy tomó la curva a setenta. Las ruedas chillaron una protesta inútil. El «Mercury» dio un bandazo y luego se enderezó. Ken vio una larga recta en pronunciada pendiente que se extendía ante él en medio de un paisaje seco y desolado. Miró el reloj. Estaba bien para llegar a la hora propicia.

Entonces ocurrió algo con lo que ni él ni nadie había podido contar. Un hecho fortuito capaz de dar al traste con los planes mejor trazados, y sin embargo debió haber sido previsto desde el momento que compró el auto de segunda mano.

El volante giró entre sus manos completamente loco. La dirección acababa de romperse y el coche llevaba una velocidad de casi ochenta millas por hora, en una pendiente endiablada.

Juró en voz alta. Inevitablemente, el auto iba a saltar fuera de la carretera.

Apretó el freno. Los neumáticos volvieron a chirriar, pero los frenos fueron incapaces de detener dos toneladas y pico de metal en la pendiente.

Se dio cuenta de que en aquellos instantes estaba jugándose la vida a cara o cruz. A su izquierda se elevaba un escarpado risco de piedra, y a la derecha el terraplén descendía en pronunciado declive hasta hundirse en un precipicio cuyo fondo no podía verse desde el coche. Si se desplomaba por él todo habría terminado.

Todo sucedía a una velocidad de vértigo. Su mente luchaba por descubrir una salida a la muerte que se precipitaba en su busca. Volvió a pelear con el inútil volante y los frenos. Consiguió un ligero respiro cuando el pesado vehículo se ladeó hacia el centro de la carretera. Ken tiró del freno de mano. Eso fue un error no conociendo el coche, ya que el «Mercury» pareció girar recto hacia el abismo.

Hubo un tremendo estrépito de chillidos de las ruedas, un golpe

cuando el chasis pegó contra el borde del asfalto, y luego el auto se elevó de costado. Ken abrió la portezuela y se arrojó de cabeza mientras el pesado armatoste completaba su primera vuelta. Entonces, golpeó contra las rocas y volvió a elevarse, para desaparecer finalmente en el precipicio que había más allá.

Ken rodó como un fardo, golpeándose, destrozándose la piel y la ropa, con todos los dolores del infierno lacerándole a cada golpe, a cada rasguño. Al fin, algo muy duro detuvo su meteórica carrera y perdió el conocimiento, aunque siguió experimentando todos los dolores habidos y algunos más de los que jamás sospechó su existencia.

El estampido del «Mercury» cuando se aplastó allá abajo resonó como un cañonazo. Fue ese estruendo lo que le devolvió la conciencia en parte. Se arrastró, medio cegado por la sangre que brotaba de su ceja rota. Logró sentarse y jadear y maldecir, y al final acabó apoyando la espalda en una piedra, donde descansó maravillándose de estar vivo.

Se juró que jamás volvería a conducir un coche que no conociera a fondo. También llegó a la conclusión de que la idea de hacer ese viaje a bordo de un coche comprado de segunda mano, no había sido una iniciativa genial precisamente.

Tanteó los bolsillos y encontró un aplastado paquete de cigarrillos. Encendió uno y descansó todo el tiempo que tardó en consumirlo.

Apagó la colilla contra el suelo y se arrastró hasta el borde del precipicio. Allá abajo, a más de cincuenta metros, el «Mercury» había quedado convertido en un montón de chatarra. Era asombroso que no hubiera estallado el depósito, pero el caso era que no había fuego por ninguna parte.

De pronto, la idea brilló en su mente como una llamarada. Gruñó una maldición que resonó en el inmenso silencio del abismo. Ken Malloy no era hombre para titubear cuando se le ocurría una idea interesante. En el acto buscó un lugar por el que descender al fondo de la hondonada, allí donde el coche había encontrado su aparcamiento definitivo.

Treinta minutos más tarde, con algunos rasguños más en el cuerpo, llegó al lado del montón de hierros retorcidos. Vio la mancha de gasolina, los millares de partículas de cristal, y el

volante roto. Imaginó qué le hubiera sucedido a él de haber permanecido en el asiento y sintió un escalofrío.

Forcejeó duramente a pesar de su debilidad, pero consiguió al fin mover un poco la aplastada carrocería, lo suficiente para deslizarse bajo ella.

Tal como había supuesto, la dirección estaba rota.

Sólo que no se rompió por accidente, se dijo a sí mismo.

Había sido cortada con una fina sierra para metal, hasta dejar solo un octavo de pulgada intacto, lo suficiente para que pudiera recorrer algunas millas por una carretera casi recta y en perfecto estado. Luego, al empezar las primeras curvas, era inevitable que se rompiera.

Se irguió dominando el furor sordo que le invadía. De modo que alguien había intentado matarle...

Regresó a la carretera y miró en ambas direcciones. Estaba desierta y no tenía trazas de ser un lugar muy concurrido. Pensó que un par de millas atrás había pasado una estación de servicio, vieja y polvorienta. Era el lugar habitado más cercano, porque Meadows City debía estar todavía diez millas más adelante.

Echó a andar, mascullando maldiciones entre dientes. Cuando llegó a la estación de servicio anochecía. Su aspecto era deplorable y se tambaleaba como si estuviera ebrio.

Un viejo de espesa cabellera blanca surgió de una pequeña garita de cristales y le contempló asombrado.

—¿De dónde demonios sale usted, forastero?

—A juzgar por cómo me encuentro, del mismo infierno. ¿Tiene usted un trago para un moribundo?

—¡Ya lo creo que sí! Eso nunca falta donde esté el viejo Nigel. Y hay una ducha ahí atrás, y un pequeño botiquín... ¿Dónde ha tenido lugar el accidente?

—Después de la curva cerrada... antes de la pendiente. Hay un abismo a la derecha.

—¡Cristo! ¿Cómo ha conseguido escapar de hacerse trizas abajo?

—Pude saltar del coche... ¿Qué hay de ese trago, abuelo?

—¡Oh, seguro... casi lo olvido! Y no me llame abuelo; mi nombre es Nigel. Todo el mundo me conoce.

—Okey, Nigel. El mío es Ken Malloy.

El viejo sacó una botella y un vaso no muy limpio. Pero Ken no

estaba en condiciones de mostrarse exigente y casi lo llenó, bebiendo a continuación glotonamente.

—Eso resucita —suspiró después—. ¿Cómo podré llegar a Meadows City, Nigel?

—Andando no, por supuesto. A las nueve pasa el autobús que procede de River... Pero si aguarda usted hasta las diez, yo le llevaré en mi cacharro.

—Me parece bien. Tendré tiempo de volver dónde están los restos del coche...

—¿Para qué? No hay quien lo saque si está en el fondo del barranco.

—No pienso sacarlo... Pero mi única maleta quedó allí. Necesito cambiarme de ropas.

—Entiendo.

—Pude haberla traído antes, pero no me sentía con fuerzas ni para llegar aquí.

—Puede descansar. Hay tiempo de sobra. ¿Por qué no se da una buena ducha entretanto? Se sentirá mejor amigo. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Ken... Ken Malloy.

—Ya. ¿Y a qué se dedica?

—Bueno, un poco de cada cosa. Acepto todo lo que da dinero, si sabe lo que quiero decir.

—Sí, creo que sí. Bueno, dúchese si quiere.

Ken encontró el pequeño cuarto de la ducha. Se desvistió con algunas precauciones porque le dolían los brazos y la espalda. Entonces vio los profundos rasguños de la cadera, la pierna y el brazo derechos. En el izquierdo, la sangre había brotado de un corte que tenía más arriba del codo.

También la espalda estaba en malas condiciones. Murmurando entre dientes, abrió el grifo y el chorro de agua helada le azotó produciéndole el impacto de un latigazo. Luego, la frialdad del líquido relajó sus músculos agarrotados y se sintió en mejor forma.

Cuando regresó junto al viejo lo encontró sentado, leyendo un periódico local. Su aspecto seguía siendo lamentable a causa de su ceja rota, pero que ya no sangraba, y a sus ropas hechas trizas.

—Creo que iré a por mi maleta —dijo.

Nigel le contempló con ojo crítico.

—Tome mi cacharro. Es ese de ahí.

Ken vio una furgoneta «Ford» un tanto vieja, pero limpia y bien cuidada.

—Gracias. Volveré en diez minutos.

—Hasta las diez no la necesito. Y no trate de hacer carreras esta vez, amigo.

Tomó las llaves y un minuto después corría de nuevo carretera adelante hasta donde tuvo lugar el accidente.

Al apearse, los dolores de las contusiones se agudizaron. Ahogó un gemido y volvió a descender por las peñas rocosas hasta el fondo. Cuando llegó abajo era casi de noche.

Primero buscó en la bolsa de la portezuela delantera, de donde extrajo una potente lámpara eléctrica, con la que iluminó el aplastado portaequipajes. No necesitó las llaves para abrir la tapa. Tan pronto la levantó, los goznes rotos se soltaron y cayó a un lado.

La maleta no estaba en mejores condiciones, puesto que también había recibido los efectos del impacto. La abrió y bajo la luz de la linterna apareció el revoltijo de sus ropas y todo cuanto llevaba en la valija.

Revolvió con la mano hasta encontrar lo que buscaba. Una enorme pistola automática que sacó, examinándola con cuidado.

Dejó la lámpara a un lado. Tal como estaban las cosas, era probable que algún día pudiera tener al alcance de la mano al tipo que en su única parada había aserrado la dirección... y si eso sucedía, sería preferible estar preparado.

Sacó el cargador para comprobar la carga. Estaba completa. Nueve cartuchos, la bala de cada uno de los cuales pesaba casi veinte gramos. Corrió el cierre. El que había en la recámara saltó expulsado por la uña del mecanismo.

Lo recogió y volvió a montar el cargador. Introdujo otro cartucho en la recámara, sacó otra vez el cargador y presionó la carga para insertar el cartucho suelto.

Siguió buscando hasta encontrar el pesado cilindro, que acopló al cañón. Ahora estaba lista para cumplir su cometido si llegaba la ocasión.

Había oscurecido por completo. Ken cerró la maleta y la colocó en el suelo. Alargaba la mano para tomar la linterna, cuando un seco estampido levantó ecos en el barranco y algo pegó con

estrépito en el metal del coche, muy cerca de la luz.

De un zarpazo apagó la lámpara y se zambulló tras los restos del coche. A juzgar por el estruendo se trataba de un *rifle*...

Su mano no tembló cuando empuñó la potente «Magnum», aunque en la oscuridad no podía ver nada unos pasos más allá de su escondite. Se consoló pensando que lo mismo le sucedía al tipo que había disparado.

Un nuevo estampido retumbó en el abismo y la bala, esta vez, aulló al rebotar en las rocas, más allá de donde estaba agazapado.

—Balas blindadas —refunfuñó—. El tipo cree que está cazando elefantes...

Se deslizó para tomar la maleta. Luego, corrió agachado hacia el improvisado sendero por el que descendiera. Penosamente comenzó la ascensión en silencio, agradeciendo a la oscuridad absoluta la protección que le ofrecía.

Su dedo se tensaba, impaciente, sobre el gatillo. No sabía quién ni por qué le atacaban, pero estaba firmemente decidido a matar a quien fuera, sin preocuparse de otras consecuencias.

Le faltaba recorrer la mitad del camino cuando oyó roncar un motor allá arriba. Luego, el rumor de un auto alejándose a toda velocidad en dirección a Meadows City. Ken maldijo entre dientes, deteniéndose para descansar. Todos los dolores de su cuerpo se habían agudizado y sólo ansiaba encontrar una buena cama.

El viejo Nigel le saludó con la mano cuando le vio llegar. Él atravesó la explanada de la estación llevando la maleta.

—¿Dónde puedo cambiarme, abuelo?

—Ahí atrás, al lado de la ducha... ¡Y no vuelva a llamarme abuelo! Mi nombre...

—Es Nigel, lo recuerdo —rió Ken, desapareciendo en el interior.

El viejo se rascó la nuca. Sonrió y acabó encogiéndose de hombros. Le gustaba aquel tipo, aunque fuera forastero. Y bien sabía Dios que los forasteros no eran precisamente muy apreciados en la ciudad...

Ken reapareció ataviado con un traje gris oscuro, camisa de seda del mismo color, de cuello abierto, sin corbata. Sus zapatos negros completaban su atuendo. Nigel enarcó las cejas.

—Esas ropas deben haberle costado un buen puñado de dinero, muchacho.

—No están mal.

—Creo que voy a cerrar. El autobús ha pasado hace más de media hora.

—Lo vi cuando regresaba. ¿Cuántos coches pasaron antes que el autobús?

—No paró ninguno.

—Pero vio pasar, a uno por lo menos en dirección a Meadows City, ¿no es cierto?

—Seguro... Un convertible oscuro.

—¿Pudo ver si pertenecía a alguien del pueblo?

—¿De Meadows? Qué va, hombre... Llevaba matrícula de Idaho por lo que pude ver.

—Le oí pasar mientras me encontraba junto a los restos de mi trasto...

El viejo le miró dubitativamente, pero no hizo preguntas. Ken le ayudó a cerrar las instalaciones, esperó a que Nigel colocara los cierres a las rejas metálicas y al fin ambos se acomodaron en la furgoneta.

Cuando ya estuvieron en camino, el viejo comentó:

—Es usted un tipo curioso, muchacho.

—¿Sí?

—Seguro. ¿No oyó unos disparos mientras recuperaba su maleta?

—¿Disparos?

—Sonaron poco más o menos en la dirección en que estaba usted. Los oí muy bien, amigo...

Ken le miró de reojo.

—Quizá se equivocó.

—He pasado toda mi vida cazando en estas montañas, forastero. Reconozco la voz de un rifle en mitad de una tormenta de truenos... Y le aseguro que alguien disparó dos veces con un rifle... Si hubiera estado más cerca hasta podría decirle el calibre.

—Me asombra usted, abue... Nigel.

—Y usted dice que no oyó nada, ¿eh?

—En absoluto.

Soltó el viejo una risita entre dientes.

—Por eso digo que es usted un muchacho muy raro, amigo... muy raro.

Calló y pareció olvidarse del tema. Poco después estaba silbando entre dientes, ajeno por completo a su pasajero.

CAPÍTULO II

La furgoneta se detuvo frente al hotel. El viejo Nigel ladeó la cabeza y sonrió.

—¿Va a quedarse mucho tiempo, muchacho?

—No lo sé. Depende de las posibilidades de este pueblo.

—A la gente no le gusta que llamen pueblo a Meadows. Recuérdele si quiere evitarse disgustos.

—Entiendo.

Abrió la portezuela y se apeó, tomando la maltrecha maleta.

—Ya le veré por ahí —comentó—. Le estoy muy agradecido, Nigel. De veras.

—No importa —repuso el viejo—. Si se le ocurre comprar otro coche, llámeme. Puedo recomendarle a un amigo mío. No tiene muy buen material, pero es honrado a carta cabal.

—Lo recordaré.

La furgoneta arrancó, alejándose. Ken atravesó la acera y entró en el hotel. No era ningún establecimiento de lujo, pero sí acogedor y con algunos detalles de buen gusto, además de una eficiente instalación de aire acondicionado.

Se inscribió ante la mirada curiosa del recepcionista. Luego siguió al botones hasta una habitación del primer piso, esperó a que el muchacho se embolsara la propina y cerró la puerta por dentro.

Suspiró. El cuerpo le dolía y una ira sorda que apenas podía dominar le asaltaba de modo acuciante.

Distribuyó lo poco que quedaba en la maleta y cerró el armario. Dio un vistazo por la ventana. La calle estaba muy poco concurrida y no vio nada sospechoso en ella.

Salió al pasillo, que apareció desierto ante su mirada de halcón. Lo recorrió en toda su longitud hasta la ventana cerrada que había al final. La abrió. Al otro lado había una escalera de escape.

Ken saltó a la plataforma metálica y volvió a bajar la ventana de

guillotina, sin dejar que el pasador encajara, de modo que pudiera ser abierta desde el exterior.

Hecho esto, descendió a la calleja oscura y la recorrió en toda su longitud hasta desembocar en otra más animada. Cinco minutos más tarde entró en un pequeño bar y pidió un *whisky* doble y un plano de la ciudad.

El mozo le examinó con cierta curiosidad, pero le facilitó ambas cosas. Ken estuvo en el bar sólo cinco minutos. Cuando salió sabía ya lo que le interesaba.

Anduvo sin apresurarse, orientándose con los datos tomados del plano que examinara en el bar. Sus pasos le llevaron hasta un distrito residencial cuyas calles retorcidas serpenteaban por la falda de una colina.

Aquí y allá, desperdigadas, rodeadas de jardines, blancas residencias salpicaban el barrio elegante.

La casa que buscaba apareció tras un recodo. Había una gran extensión de césped alrededor, un sendero para coches que se desviaba hacia un oscuro garaje, y una verja de madera que no llegaba a la cintura.

Ken empujó la puerta de la verja y recorrió el camino hasta la entrada de la casa. No pudo ver ni una luz. Miró a su alrededor, un tanto perplejo porque alguien debía estar allí, esperándole. O quizá se había cansado de esperar a causa de su retraso...

Todo estaba silencioso y desierto. En la calzada había dos coches estacionados. Lejos, entre los árboles de los jardines, brillaban las luces de otra residencia.

Ken oprimió el pulsador del timbre y aguardó. Oyó el sonido de un carillón en alguna parte, pero nadie acudió a la puerta. Repitió la llamada dos veces más, con el mismo resultado.

Dio un vistazo a la placa de bronce que había sujeta a la pared, junto a la puerta. Rezaba: «Dr. J. Winton».

No cabía duda; aquélla era la casa que buscaba.

Dio un rodeo en torno a la casa. La grava chirriaba bajo sus pies. Era el único ruido que turbaba el pesado silencio de la noche.

Ken se detuvo junto a una puerta trasera. Examinó la cerradura y gruñó un juramento, porque era una «Yale» último modelo, sólida y casi inviolable.

Se decidió por una ventana, que forzó en menos de tres minutos.

Al deslizarse al interior oyó de nuevo con todos los sentidos alerta. No sabía qué peligro podía estar agazapado en la sólida oscuridad, pero era como si respirase en el ambiente una sensación tenebrosa y amenazadora, algo impalpable que producía escalofríos.

Se arriesgó a encender la linterna eléctrica un breve instante, el tiempo justo para localizar los muebles y poder así sortearlos. Cuando la apagó se puso en movimiento. Mediante el mismo procedimiento examinó dos aposentos más. En el tercero, el breve relámpago de la lámpara le mostró un cuerpo retorcido en el suelo, junto a un diván.

Se inmovilizó conteniendo el aliento. De modo que había llegado demasiado tarde...

Sorteó los muebles y el cuerpo para llegar a la ventana, donde corrió los pesados cortinajes. Tras esto, encendió la luz y se arrodilló junto al cadáver.

Había una gran mancha de sangre bajo el cuerpo. La bala había atravesado el pecho de parte a parte, y el orificio de salida, en la espalda, era enorme y aparecía lleno de sangre coagulada.

Le tomó por los cabellos, ladeándole un poco el rostro. No cabía duda que se trataba del doctor Winton, el hombre al que debía haber visitado aquella accidentada tarde.

Se irguió, más iracundo por ese crimen que por el atentado de que fuera objeto. Habían asesinado a un hombre inocente, un médico honesto cuya única ambición era atender cuidadosamente a sus enfermos.

Sin adoptar tantas precauciones como a la llegada se internó por la casa alumbrándose con su linterna eléctrica. No encontró nada revuelto ni trazas de ningún registro. Entró en un pequeño consultorio que olía a desinfectante. Todo allí estaba inmaculadamente limpio y ordenado.

Como contraste, un reducido despacho anexo ofrecía el aspecto de los lugares barridos por un huracán. Los cajones deslizantes de un archivador metálico habían sido arrojados al suelo y su contenido desperdigado. La mesa aparecía llena de papeles y fichas en confuso montón...

Ken maldijo entre dientes. Otra demostración de que había llegado demasiado tarde.

Subió las escaleras rápidamente hasta el piso. El rayo de luz le

mostró una puerta abierta a su izquierda y otras tres cerradas. Se asomó a la primera y allí el hielo de la muerte anegó una vez más su cuerpo.

Sobre el lecho yacía una mujer en medio de un lago de sangre que se había secado a su alrededor, empapando las ropas de la cama. Ken avanzó despacio, silenciosamente, como si temiera turbar el sueño eterno de aquella desgraciada. Era una mujer de unos treinta y cinco años extraordinariamente bella. Sus cabellos negros se habían pegado a las sábanas, empapados también de sangre.

No cabía duda que se trataba de la esposa del doctor, aunque no pudo estar seguro por cuanto sólo había estudiado la fotografía del médico antes de trasladarse a Meadows City.

Suspiró, lleno de furia. Alguien debería pagar por aquellos salvajes asesinatos. La cuchillada que había casi cercenado la cabeza de la hermosa mujer era un espectáculo de los que no se olvidan jamás.

Ken retrocedió hacia la puerta.

Y entonces la voz ordenó, a sus espaldas:

—¡Quieto, le tenemos cubierto!

Instintivamente apagó la linterna, pero al instante brilló la luz del techo y su mano se inmovilizó, cuando ya se cerraba en torno a la culata de la «Magnum».

—¡Levante los brazos!

Lo hizo. Entonces se volvió.

La sorpresa le dejó paralizado, por cuanto había dos policías de uniforme en la puerta, y otro hombre vestido de paisano tras ellos. Los tres empuñaban revólveres policiales de reglamento y parecían tan sorprendidos como él mismo.

El que vestía de civil se adelantó, flanqueado por los agentes.

—Soy el capitán Levering —anunció—. No mueva ni las pestañas si no quiere recibir un balazo en las tripas, forastero.

—Usted aprendió en una buena escuela, capitán —comentó Ken resignadamente.

—¿Su nombre?

—Ken Malloy.

—Le hemos estado observando desde que llegó. Violentó una ventana para poder entrar.

—Alguien entró antes que yo —gruñó, señalando la cama—. Y abajo hay otra muestra del insomnio de un loco homicida.

Los policías cambiaron una mirada.

—¿Cree que no lo sabemos? Llegamos aquí pocos minutos después de cometerse los crímenes.

—Eso es magnífico... ¿Por qué entonces no retiraron los cadáveres?

—Porque tenía la corazonada de que alguien caería por aquí esta noche... alguien que vendría en busca de lo que no encontró.

—Está hablando en enigmas, capitán. Oiga, ¿puedo bajar los brazos? Ésta es una postura condenadamente incómoda.

—Sólo cuando le hayamos registrado.

—Oh, bueno. Llevo una pistola en la axila. Sáquenla y terminemos de una vez.

Uno de los agentes se colocó a su espalda y le despojó de la pesada «Magnum», que entregó al capitán.

Levering dejó escapar un silbido de asombro.

—Un poco más y carga usted con un bazooka, Malloy... Y con silenciador además. Apuesto que la lleva para cazar conejos.

Su sarcasmo fue coreado por los dos policías uniformados. Levering olió el cañón y pareció desilusionado al no percibir olor a pólvora quemada.

Introdujo la gran automática en su cinto. Ken bajó las manos.

El policía dijo:

—Vamos abajo. Tenemos una enorme cantidad de cosas de que hablar usted y yo. Supongo que llevará documentos suficientes para identificarse...

—Seguro. Y una licencia que me autoriza a llevar esa pistola.

—¿También para equiparla con silenciador?

—No se necesita licencia para eso. ¿Por qué tantos rodeos? No puede usted cargarme con esos dos cadáveres, capitán; de modo que mejor será que dejemos de lanzarnos fintas a ver quién primero cae en la trampa. ¿Sabe usted por qué los mataron?

—Eso espero que sea usted quien pueda decírmelo, Malloy. Parece un tipo listo.

—Quizá tiene la esperanza de que haga también el trabajo de la policía, capitán.

Levering gruñó algo entre dientes. Le empujaron escaleras abajo

obligándole a entrar en la sala donde reposaba el cadáver del doctor Jack Winton.

El policía señaló el teléfono, ordenando a sus hombres:

—Llamen al hospital. Ahora pueden ocuparse de retirar los cadáveres. Y avisen a Jefatura también.

Ken encendió un cigarrillo. Pensaba a toda velocidad porque aquélla era una situación capaz de dar al traste con todo lo que había planeado.

—Veamos ahora quién es usted —dijo Levering—. Y comience a buscar una buena explicación para su conducta, porque va a necesitarla.

—Lo crea usted o no, estoy hecho un lío.

Le mostró su licencia de armas y el resto de documentos, que el oficial examinó con todo detalle.

—Ken Malloy —murmuró—; profesión, periodista... ¿Qué clase de periodista?

—Libre. Escribo sobre cualquier tema que pueda dar dinero.

—¿Y vino a Meadows City en busca de argumentos?

—No. Vine a ver al doctor Winton.

—¿Por qué?

—Nos conocimos hace algún tiempo. Me llamó pidiéndome que viniera porque quería tratar un asunto importante conmigo. Debía serlo si lo mataron para que no pudiera revelármelo.

—¿Qué le hace pensar que le mataron por eso?

—Nada. Es sólo una idea.

—Guárdelas para usted en todo caso. Me pagan «a mí» para tener ideas. ¿Cómo llegó a la ciudad, Malloy?

—Con mucho retraso. Tuve un accidente esta tarde...

—¿Dónde?

Contó lo sucedido con el coche. Los agentes habían dejado en paz el teléfono y escuchaban interesados.

—¿El viejo Nigel le trajo en su furgoneta?

Asintió. Luego dijo:

—Pueden preguntarle.

—Lo haremos, por supuesto. Ahora, me interesa mucho más saber por qué consideraba usted tan importante su entrevista con el médico, tanto que incluso violentó una ventana para colarse en la casa. Lógicamente, cuando no obtuvo respuesta a su llamada a la

puerta, debió haber desistido de entrar hasta mejor ocasión. ¿Por qué, Malloy?

—¡Demonios! Yo sabía que él estaba esperándome y que tenía mucho interés en hablar conmigo. Su forma de llamarme no dejaba lugar a dudas. Pensé que debía suceder algo grave cuando Winton no aparecía.

—Era médico, ¿lo ha olvidado? Podía encontrarse atendiendo un enfermo.

—¿También su mujer cuidaba enfermos, capitán?

El policía hizo una mueca de disgusto. Decidió cambiar de tema.

—¿Por qué va usted armado, Malloy?

—Viajo mucho, casi siempre solo. Además, mi profesión me ha creado muchas enemistades. He combatido el crimen desde las páginas de los periódicos y uno nunca sabe cómo reaccionarán los gerifaltes del hampa.

El policía le escuchó con el ceño fruncido. Si la explicación le satisfacía es algo que Ken no pudo adivinar.

—Cuando el doctor Winton le llamó, ¿lo hizo por carta?

La pregunta no cayó desprevenido a Malloy.

—Por teléfono.

—Ya veo. Ahora, dígame la verdad, Malloy, o voy a perder la paciencia con usted. Si él le pidió que viniera con una simple llamada telefónica, debió adelantarle lo suficiente del asunto que quería tratar con usted para decidirle a emprender un viaje de mil millas. ¿Qué fue lo que le dijo?

Ken encendió un cigarrillo, y en el breve tiempo que empleó en la operación analizó la conveniencia de sincerarse o no. Decidió que lo haría sólo en parte.

—Todo lo que me prometió fue una información sensacional —dijo despacio, como valorando cada palabra—. Aseguró que se trataba de algo de suma gravedad que no podía ser discutido por teléfono, pero que si venía personalmente me facilitaría el reportaje más explosivo de los últimos tiempos.

—¿Eso fue todo?

—No hubo nada más.

—No sé por qué, Malloy, pero ese cuento me suena a falso desde el principio. Usted debió exigir alguna garantía para decidirse a emprender el viaje.

—Nada de garantías. He realizado viajes más largos que este empujado por datos mucho menos importantes que éstos.

Hubo un largo silencio, mientras Levering medía la estancia a largas zancadas, preocupado. Ken comprendió que el capitán estaba perplejo por su intervención, puesto que no podía acusarle y tampoco sabía a ciencia cierta qué debía hacer para retenerle.

El chirrido de unos frenos en el exterior rompió el pesado silencio y la tensión que poco a poco había logrado extenderse en la estancia.

Los minutos que siguieron fueron un tanto frenéticos a causa de los expertos de la policía y los enfermeros, todos moviéndose a la vez entre una catarata de preguntas, órdenes y disposiciones apresuradas. Nadie parecía acordarse de su presencia allí, y Ken lo aprovechó para retirarse a un rincón desde donde contempló distraídamente la febril actividad que envolvía al capitán.

Casi había agotado la provisión de cigarrillos, cuando Levering volvió a ocuparse de él.

—¿Va a permanecer en la ciudad, Malloy?

—Por supuesto.

—Muy bien. Si piensa marcharse, consúlteme primero o extenderé una orden de busca y captura contra usted. Y ahora, lárguese.

—¿Olvida mi pistola?

El policía esbozó una mueca.

—No la olvido. Pero la retendré hasta mañana. A partir de las diez podrá pasar a recogerla en mi despacho, Malloy.

—Entiendo; sacará usted las huellas digitales y disparará una bala sólo para su tranquilidad.

—Usted lo dice todo.

—¿De veras cree que eso va a darle algún resultado?

—Uno nunca sabe qué puede suceder en el futuro... Quizá algún día encuentre una de sus balas en los sesos de algún fiambre.

Ken estuvo tentado de decirle que con toda seguridad la encontraría, porque si la suerte le colocaba en las manos al asesino del doctor, no titubearía en acribillarlo.

Sólo que no lo dijo. Hay cosas que a un policía no pueden decirsele...

—Entonces, hasta mañana, capitán —gruñó.

Salió de la estancia y luego de la casa, invadida ya por multitud de policías. Fuera, más allá del jardín, una pareja de agentes mantenía a raya un grupo de curiosos que habían acudido atraídos por los autos-patrulla y la ambulancia.

Se alejó sin llamar la atención. Cuando vio un taxi lo llamó, ordenando que le llevase al hotel. Estaba rendido y el cuerpo le dolía endiabladamente. Por ese día ya tenía suficiente.

Por otra parte, necesitaba poner un poco de orden al caos que era su mente, porque con el asesinato del doctor Winton y su esposa, el eslabón que hubiera podido unirlo a una cadena de infamia y muerte se había roto y no tenía ni la más remota idea de cómo conseguir otro...

CAPÍTULO III

Ken sacó el cargador de la pistola y corrió el cierre hacia atrás. Un cartucho saltó sobre la mesa. El capitán Levering arqueó las cejas con ironía.

—Faltan dos balas —comentó Malloy—. Ha querido usted asegurarse, ¿no es así?

—Bueno, hemos disparado una contra una masa blanda, y otra contra un pedazo de madera dura.

—Entiendo. ¿Y en cuanto a huellas?

—No esperaba que las tuyas constaran en nuestro archivo, de modo que no me he llevado ninguna sorpresa.

—Pero las ha remitido a Washington, ¿eh?

—¡Pero qué endiabladamente susceptible es usted, Malloy!

Se echó a reír. Ken le enseñó los dientes en una mueca.

—Quizá —dijo—, cuando reciba respuesta tenga algunos quebraderos de cabeza adicionales. Gracias por devolverme mi arma, capitán.

Salió del despacho sin esperar respuesta alguna. Hizo señas a un taxi y se acomodó en el asiento.

El chóferladeó la cabeza. Ken ordenó:

—Dedíquese a dar vueltas por la ciudad, amigo. Sin rumbo fijo, sólo recorrer las calles.

El hombre le contempló con algo más de atención.

—¿Por cualquier calle?

—No importa, mientras haya coches aparcados.

—Bueno, usted es quien paga... pero quizá si me dijera qué es lo que anda buscando, pudiera ayudarle.

—Quiero localizar un coche con matrícula de Idaho... un convertible oscuro.

—Eso está mejor. ¿Se lo robaron? —preguntó el taxista, al tiempo que emprendía la marcha.

—No, pero pertenece a un amigo mío. Alguien me dijo que había llegado a la ciudad, pero no sé dónde está alojado.

—Ésa es una explicación tan buena como cualquier otra —refunfuñó el hombre con sorna—. Está bien, aprendí la lección.

Se dedicó a conducir sin hacer más preguntas. El paseo se prolongó durante más de una hora. Si Ken hubiese estado de mejor humor, habría podido admirar algunas viejas construcciones conservadas amorosamente por la ciudad, antiguas reliquias de los tiempos heroicos de la colonización. Pero toda su atención se centraba exclusivamente en los autos estacionados a lo largo de las aceras.

No encontraron el menor rastro del que buscaban.

—¿Seguimos dando vueltas? —inquirió el chófer, comenzando a preocuparse por la suma que señalaba el taxímetro.

—Media hora más. Intente no pasar dos veces por algún lugar ya recorrido.

—Hasta ahora no lo he hecho, de modo que...

Al final de la media hora el chófer gruñó:

—Casi hemos examinado todas las calles de la ciudad. Ese coche debe haber salido de aquí... o quizá está en algún garaje.

—Tal vez.

Ordenó regresar al hotel y se arrellanó en el asiento. Era hora de pensar en escribir una de las complicadas cartas a que estaba acostumbrado.

El taxista no pudo evitar un suspiro de alivio cuando se embolsó el importe de la extraordinaria «carrera», más una succulenta propina. Saludó con un alegre ademán y se alejó.

Ken subió a su habitación. En cada piso había una pequeña salita de espera junto al rellano de la escalera, y cuando cruzó ante la puerta, alguien surgió de ella interceptándole el paso con evidente indecisión.

Malloy se detuvo y por primera vez se alegró de hallarse en la ciudad.

La muchacha era una de esas bellezas explosivas que se dan de tarde en tarde en la vida de un hombre, haciéndole soñar con noches oscuras, con fondos de palmeras balanceándose a impulsos de la brisa, en el susurro del mar y el chasquido de los besos...

De haber dispuesto de tiempo, quizá hubiera podido pensar en

todo esto y algo más, pero ella habló y su voz rompió el hechizo.

—¿Se llama usted Ken Malloy? —preguntó con voz susurrante.

—Seguro. ¿Y usted?

—Soy Cynthia Renton.

—¿Y...?

Estaba muy pálida y hermosa. Tenía unos grandes ojos llenos de sombras, y sus labios eran rojos y se proyectaban hacia delante tentadoramente.

—Yo... yo era la enfermera del doctor Winton, míster Malloy.

Dio un respingo.

—¡Condenación! Debí pensar que tendría alguna enfermera a su servicio... Pero será mejor que entremos en mi habitación. Creo que usted y yo tenemos alguna cosas de que hablar, ¿no le parece?

—Por eso he venido... Cuando esta mañana la policía me ha dado la horrible noticia, apenas podía creerlo.

—¿Cómo me localizó?

—Por un comentario del capitán Levering.

—Entiendo.

Se detuvieron frente a la puerta. Ken introdujo la llave y le dio vuelta, abriendo y tanteando la pared en busca de la llave de la luz.

Entonces se escuchó un «plop» sordo y el marco de madera reventó en una lluvia de astillas a menos de dos pulgadas de su cabeza.

Instintivamente, Ken saltó a un lado, empujando brutalmente a la muchacha. No se preocupó por ella al verla rodar sobre la alfombra con todas las ropas en desorden. Empuñó la pistola recuperada pocas horas antes y se agazapó junto al portal.

Desde el suelo, Cynthia susurró:

—¿Qué significa eso, míster Malloy?

—Hay alguien dentro... alguien que ha estado a punto de volarme la cabeza...

—¡Dios bendito! Tiene sangre en la cara...

—Una astilla seguramente... Retroceda y manténgase lejos de aquí. Las balas rebotan y uno nunca sabe dónde se incrustarán en última instancia.

Al callar reinó un silencio absoluto. El pistolero debí estar reprochándose amargamente su precipitación.

Ken gruñó:

—Él no puede salir y yo no puedo entrar. Me pregunto...

—Quizá escape por la ventana —aventuró la muchacha.

—Quiere cazarme... Escuche, baje y llame por teléfono al capitán Levering. Yo me ocuparé de nuestro amigo... ¡Corra!

Su voz, apenas un murmullo, tenía un acento perentorio que no admitía réplica. La muchacha echó a correr pegada a la pared y desapareció por las escaleras.

Ken retrocedió hasta la puerta de la habitación contigua a la suya. Llamó suavemente. Oyó los pasos de alguien que se acercaba y la puerta se abrió. Un hombre rechoncho, de rostro colorado, le interrogó con la mirada.

—Apártese...

Entró de un salto y el gordo vio por primera vez la enorme pistola provista de silenciador. No se desmayó por puro milagro.

Ken alcanzó la ventana en dos saltos, la abrió y de un brinco pasó a la plataforma metálica de la escalera de escape.

Arrodillado, asomó la cabeza por la ventana vecina. Las cortinas estaban corridas y no pudo ver nada. Maldijo entre dientes, porque cualquier paseante de la calle podía descubrirle y empezar a gritar al ver la pistola.

Regresó junto a la ventana del huésped gordo.

—Deme una silla. ¡Rápido! —ordenó.

El aturdido ocupante del cuarto le acercó una, temblando.

—¡Apártese de la ventana ahora!

Volteó la silla y la arrojó contra la ventana de su propia habitación, y casi con el mismo impulso giró sobre los talones y saltó dentro del cuarto donde el obeso ocupante se apretujaba contra la pared.

Hubo un tremendo estrépito de cristales rotos cuando él se precipitaba hacia la puerta, que abrió de un tirón.

Como había supuesto, el pistolero obró guiándose por el instinto. Creyó que su enemigo le atacaba desde la ventana y ya sólo se ocupó de poner tierra de por medio. Se precipitó al pasillo en busca de su salvación.

Todo lo que encontró fue una bala.

Ken disparó con la pistola baja, enfurecido. El hombre dio un salto atrás, empujado por el enorme proyectil, giró sobre sus pies y golpeó de cara contra la pared. El revólver que empuñaba cayó

sobre la alfombra.

Acababa de desplomarse cuando Ken estuvo a su lado. El hombre quedó acurrucado en el suelo, apretándose el estómago con las manos. Entre sus dedos comenzó a deslizarse la sangre.

Ken le dio la vuelta con el pie. Vio a un tipo de unos treinta años, de rostro anguloso y cetrino. Los ojos, muy oscuros, eran pequeños y le miraban con feroz desespero.

—Esta vez has fallado, matarife. ¿Quién te mandó?

—Un médico... Estoy desangrándome.

—No hay ningún médico que pueda salvarte, asesino de mujeres...

La ferocidad de su voz hizo que el abatido pistolero le mirara con creciente terror.

—¡No puede... dejarme morir... así...!

—¡Tú mataste al doctor Winton y a su esposa! Los mataste sin preocuparte de otra cosa...

—Yo no...

—¿Quién entonces?

—No... lo sé...

—¡Habla y llamaré a un doctor!

Oyó un jadeo a su espalda y se volvió como una centella, la pistola lista para hacer fuego. Sólo vio la faz desencajada de su vecino de habitación.

—¡Métase dentro si no quiere tener más disgustos! —rugió.

El hombre desapareció como empujado por un gigante. La puerta golpeó sonoramente.

—Ahora, dime quién los mató y te salvarás.

—No sé... Yo vine siguiéndole a usted...

—¿Fuiste tú quien serró la dirección de mi coche?

—Sí... me ordenaron hacerlo...

—¿Quién? ¡Habla, maldito!

—Sedlen era mi enlace...

—¿Sedlen?

El hombre no replicó. Empezó a gemir casi sin voz.

De pronto, Cynthia apareció en la escalera, pero se detuvo, asustada por la visión de la sangre y el hombre derribado. Fue acercándose poco a poco sin que nadie le prestase atención.

—Él... me pagó para liquidarle... —dijo de repente el herido.

—¿Dónde ocurrió eso?

—En Burma, Idaho...

—Estás mintiendo. Debías rendir cuentas a alguien aquí, en Meadows City, ¿no es cierto?

—Por favor... un médico...

—Vas a morir como un perro —le espetó Ken ferozmente—. Eso es todo lo que conseguirás por tus méritos de asesino.

—No puede usted hacer eso, míster Malloy —balbuceó la muchacha, junto a él.

—¿Qué hay del capitán?

—Está en camino. Pero le repito que no puede tratar así a un hombre herido...

—Yo sé cómo hay que tratar a esa carroña. Un par de preguntas más y...

Sólo que el hombre ladeó la cabeza y perdió el conocimiento.

Cynthia se arrodilló a su lado. Ken suspiró, impaciente. Por primera vez se ocupó del rasguño de su mejilla, en el que todavía llevaba profundamente hundida la pequeña astilla de madera. Se apretó el pañuelo en la herida y esperó.

La enfermera susurró:

—No creo que recobre el conocimiento... está muy mal herido.

—Eso ya lo sé. ¿Qué hay que hacer para que pueda responder unas preguntas más?

—¿Está usted loco?

Iba a responder abruptamente, cuando los pasos de varios hombres en las escaleras se lo impidieron.

El primero en aparecer fue el capitán Levering, quien se detuvo, estupefacto, junto al grupo.

—¿Qué demonios ha sucedido? —estalló.

Ken señaló al moribundo:

—Estaba escondido en mi habitación. Intentó matarme a tiros y yo tuve mejor suerte.

—¿Le conocía usted?

—Nunca lo había visto antes de ahora. Alguien le pagó para ese trabajo.

Dándole la espalda, Levering se dirigió a la muchacha.

—¿Cómo está?

—Muy mal...; habría que trasladarlo al hospital, capitán.

—Usted —gruñó, dirigiéndose a uno de sus hombres—, pida una ambulancia. Este asunto apesta por todas partes, Malloy. Primero matan al doctor y a su esposa. Ahora intentan liquidarle a usted... tenemos a un pistolero moribundo entre manos... ¿Qué infiernos encontraremos de ahora en adelante?

—No me lo pregunte a mí. Ese angelito fue quien provocó el accidente en el que por poco no me hice pedazos. Luego, me tiroteó con un rifle, librándome de convertirme en una criba gracias a la oscuridad... No espere que me sienta preocupado por él, capitán.

Levering no pareció sorprenderse en absoluto.

—Me preguntaba cuándo se decidiría usted a sincerarse, Malloy —gruñó—. Los hombres que envié a dar un vistazo a su coche descubrieron que la dirección había sido cortada. También vieron un orificio de bala en la carrocería, de modo que buscaron y al fin hallaron un proyectil de rifle... Ha tenido usted muchas emociones desde que emprendió el viaje, amigo...

—Excesivas. Me revienta que traten de liquidarme sin saber por qué...

—Tal vez lo sabe, ¿no?

Sacudió la cabeza de un lado a otro, fastidiado.

—Ni la menor idea. El doctor Winton debía ponerme en antecedentes del asunto.

El policía dirigió un vistazo a Cynthia.

—Quizá ella pueda aclararlo todo... ¿Qué es lo que sabe usted de eso, muchacha?

—Nada, capitán. Únicamente lo que ya le dije a usted. El doctor estaba preocupado últimamente. Nervioso y asustado diría yo... Tenía miedo. Pero no me confió los motivos de su miedo.

—Ya... Pero ha venido usted en busca de Malloy en cuanto ha sabido por mí que había llegado a la ciudad.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

Ken masculló:

—No la atosigue, polizonte. Tiene usted la maldita costumbre de acosar a la gente como si todo el mundo fuera culpable de un crimen...

—Es la costumbre —rió Levering, sin alterarse—. Veamos quién es ese tipo...

Se arrodilló al lado del inconsciente pistolero. En unos segundos hubo registrado sus bolsillos. Llevaba algún dinero, tabaco y los documentos de alguien llamado John Griggs.

—Falsos, por supuesto —opinó Ken, examinándolos por encima del hombro del capitán.

—Veremos... De momento, tenemos un nombre con que inscribirlo en el hospital. Sus huellas y fotografía nos aclararán otras cosas.

Pocos minutos después aparecieron los enfermeros de la ambulancia con una camilla. En todas las puertas del pasillo asomaban cabezas de huéspedes intrigados, que los acompañantes del capitán mantenían a distancia.

Ken contempló cómo el herido era cargado en la camilla. Luego, los enfermeros se fueron y él se encaró con Levering.

—Espero que cuiden bien a ese tipo, capitán, porque todo depende de que podamos interrogarlo aunque sólo sean unos minutos.

—Tendrá guardias de vista permanentes. Pero se me ocurre que usted bien pudo meterle el balazo en una pierna, por ejemplo...

—El maldito empuñaba un revólver y estaba decidido a matarme. No podía andarme con vacilaciones en aquel instante. Una bala en una pierna no lo habría vencido y usted lo sabe.

—Quizá usted tampoco deseaba herirle solamente... Hay algo muy raro en usted, Malloy.

—El viejo opinó lo mismo —rió el aludido.

—¿Quién?

—Nigel, el propietario de la gasolinera.

—Oh, entiendo... Hablé con él. Confirmó su declaración, por si puede interesarle.

—Era la verdad, capitán.

Éste abrió la boca, dispuesto a una de sus afiladas réplicas, sólo que el seco tableteo de una ametralladora en la calle cortó sus ansias de polémica.

Fue una seca descarga, cuyo estruendo, en el silencio de la mañana, retumbó como un trueno interminable.

Levering se precipitó escaleras abajo como un loco. Más frío en sus reacciones, Ken entró en su cuarto y se asomó a la ventana en el instante en que un coche convertible azul oscuro se alejaba calle

abajo a creciente velocidad.

Comenzó a disparar bala tras bala con absoluta calma, como si se hallara en la galería de tiro donde practicaba regularmente, allá en Washington. Su «Magnum» provista de silenciador apenas emitió ruido alguno, pero pudo ver cómo el cristal trasero del coche saltaba en pedazos y otros agujeros aparecían en la cubierta de lona.

No obstante, el auto desapareció tras unos bandazos, cuando el capitán aparecía en la calle armado de su revólver.

Entonces, Ken dio un vistazo a la acera. La camilla había caído a la calzada y el pistolero estaba hecho un ovillo junto a ella. Había mucha sangre alrededor de su cuerpo. Uno de los camilleros estaba inmóvil sobre la acera y el otro se inclinaba sobre él.

—Es una locura —susurró Cynthia a su lado.

Se volvió.

—Están perdiendo la serenidad. Un atentado semejante en pleno día, sólo puede dictarlo la desesperación.

—¿Qué quiere decir?

—Quisieron asegurarse que su matarife no podría declarar. Y utilizaron el coche de él, porque he podido ver la matrícula de Idaho. Ahora, todo lo que tienen que hacer es despeñarlo en cualquier sitio desierto de la costa y dejar que se hunda en el mar. Pero en cualquier momento cometerán un error, empujados por el miedo, y entonces los cazaré como a una manada de ratas...

La muchacha titubeó un instante. Había miedo en sus bellos ojos oscuros.

—Voy abajo... quizá pueda ayudar en algo. Le veré después...

Ken quedó solo. Encendió un cigarrillo. Seguía sin saber a ciencia cierta qué significaba todo aquello, pero no cabía duda que el asunto empezaba a moverse. Quizá, al final, se moviera demasiado.

CAPÍTULO IV

Cynthia esbozó un ademán circular mostrando el vandálico aspecto del consultorio público del difunto doctor Winton. Ken masculló:

—Poco más o menos, el de su domicilio estaba igual. Me pregunto qué andaban buscando...

—Sea lo que sea, no cabe duda que se trataba de algo relacionado con su trabajo, concretamente, con alguno de sus pacientes —opinó la bella enfermera—. En ese archivo no se guardaba nada más que los historiales clínicos de las personas a las que había asistido alguna vez profesionalmente.

—Me pregunto si fue a causa de eso que le mataron. ¿Qué dijo la policía cuando estuvieron aquí?

—Nada. El capitán no acostumbra a dar muchas explicaciones, usted lo sabe.

—Ya pude darme cuenta. Otra cosa que me gustaría saber es si esos bastardos asesinos encontraron lo que buscaban, aunque por su insistencia en buscar en los dos consultorios, me inclino a creer que no.

—Hay un medio de saberlo —murmuró la muchacha—, aunque llevará tiempo.

Ken dio un respingo.

—Si existe ese medio, adelante. No importa el tiempo.

Cynthia le dirigió una mirada preocupada.

—Lo haré —aseguró—, pero me gustaría saber a qué es debida toda esta violencia. En cierto modo yo también estoy involucrada en lo que ocurre.

—Espero poder decírselo tan pronto haya comprobado algunos datos que todavía me intrigan. ¿Cómo podrá averiguar si falta algún expediente profesional?

—Es sencillo, aunque engorroso. Por cada historial que se abre,

se registra una ficha aparte, de modo que sea fácil localizarlo en todo momento. El fichero está en esa mesa, que es la que yo ocupaba. Apenas lo tocaron, porque debían buscar sencillamente la carpeta del archivo y no podían saber nuestra organización burocrática. Volviendo a ordenar las carpetas del archivo y comprobándolas con las fichas, veremos si falta alguna.

Malloy suspiró, satisfecho.

—Magnífico, muchacha. Hágalo mientras yo realizo otra comprobación fuera de aquí. A propósito, si no le importa cenar conmigo esta noche, podríamos cambiar información entonces. ¿Qué le parece?

Ella sonrió.

—Me han invitado a cenar usando otras excusas, pero nunca con la de seguir trabajando...

—¿Estamos de acuerdo?

—Conforme, aunque se me antoja que su compañía no es precisamente saludable, por lo que llevo visto hasta ahora. Pero siempre me han seducido las aventuras de intriga...

—Me gustaría más seducirla sin necesidad de violencia alguna, Cynthia... Oh, está bien, olvídalo.

Salió del consultorio dejando tras sí unos ojos chispeantes de picardía... y una agradable incógnita para la noche.

El vendedor de coches usados asintió con un gesto.

—Nigel me telefoneó —dijo, levantándose y saliendo de detrás de la mesa—. Dijo que había tenido usted un accidente...

—Así fue.

—¿Qué clase de coche quiere comprar ahora?

—Cualquiera, si es rápido y seguro. Los cromados y accesorios embellecedores no me importan en absoluto.

—Tengo un «Cadillac» que todavía no ha cumplido un año... Un poco caro, sinceramente, pero está prácticamente nuevo.

—Veámoslo.

Era un modelo reciente según pudo comprobar. Su aspecto era impecable hasta el extremo de que cualquiera hubiese creído que se trataba de un coche nuevo.

El vendedor explicó:

—El tipo que lo compró tuvo dificultades con su negocio, no pudo seguir pagando los plazos y yo aboné el resto. No encontrará

otro auto mejor que éste, amigo. Puede probarlo cuanto quiera y...

—¿Qué tiempo tardará en tener listos los documentos? —le atajó Ken.

—¡Pero si ni siquiera le he dicho el precio!

—Sé cuánto puede usted pedir por él.

—¡Qué demonios sabe usted, amigo! Ese coche podría venderse por mil doscientos dólares sin ninguna dificultad.

—Le pagaré mil al contado después que haya dado una vuelta con él. Y no me gusta el regateo, de modo que lo toma o lo deja...

Eso acabó la discusión. Minutos más tarde, Ken enfiló la carretera en dirección a la costa, comprobando el perfecto funcionamiento del coche. Se orientó valiéndose de los recuerdos que conservaba del primer estudio del mapa de rutas estatales que realizara antes de emprender el viaje.

Cuando por fin dio vista al mar disminuyó la velocidad, bordeando las suaves colinas que se extendían tierra adentro. La tarde era cálida, sin viento, y el océano parecía un inmenso lago de aguas quietas.

Dejó atrás imponentes residencias, playas privadas y un concurrido establecimiento de baños cercano a un hotel. Después de ese trecho, la carretera se encaramaba por una vertiente rocosa, para precipitarse después en una pronunciada pendiente llena de curvas.

Al dejarla atrás vio el indicador:

«Versailles Residence».

Debajo, en grandes letras negras, advertía que aquello era una propiedad privada.

Rebasó el indicador, tomó un desvío próximo y paró el motor. El «Cadillac» quedaba lo bastante escondida para que no fuera visto desde la carretera.

Retrocedió, abandonando el camino, hasta alcanzar un altozano rocoso salpicado de arbustos espinosos. Desde la cumbre del promontorio podía ver sin dificultad una gran parte del parque que rodeaba la lujosa residencia, la fachada delantera de ésta y un embarcadero de madera al que se hallaban amarradas dos motoras de poderoso aspecto. Desde aquella distancia no pudo ver los detalles de las embarcaciones, pero especialmente una de ellas tenía el porte de un yate de gran calado.

Tendido sobre las rocas, Ken observó el movimiento de la residencia. Pudo ver a dos hombres, una mujer delgada, vestida de oscuro, y a un tercer individuo ataviado con algo semejante a un uniforme gris.

También descubrió, entre la vegetación recortada que rodeaba todo el gran perímetro de la propiedad, una valla metálica. A menos que fuera electrificada, no parecía muy difícil de salvar.

Permaneció mucho tiempo inmóvil en esa operación de espionaje. Y fue cuando se disponía a marcharse cuando pudo ver a otra persona. Se trataba de una mujer, al parecer joven a juzgar por su tipo, que dobló una esquina del lujoso palacio acompañada por la otra que viera anteriormente.

Había algo en los movimientos de la joven que le intrigó. Andaba al parecer apoyándose en la vestida de oscuro, como si ésta la guiara.

Ken las siguió con la mirada todo el tiempo que permanecieron ante su vista, hasta verlas desaparecer en el interior del gran edificio.

Entonces comenzó a retroceder sin levantarse todavía. Estaba profundamente intrigado por aquellas dos mujeres, especialmente por la más joven, y seguía pensando en eso cuando se incorporó, ya seguro de que no podían verle desde la casa.

Sólo que entonces un hombre apareció entre unas peñas y le cerró el paso. Era un individuo alto y delgado, de aspecto fuerte y rostro atezado en el que relampagueaban unos ojillos malignos y muy juntos.

Por unos instantes permanecieron quietos, mirándose apreciativamente.

Fue el desconocido quien rompió el silencio.

—¿Qué clase de deporte está practicando usted? —Gruñó con evidente sarcasmo—. Arrastrarse por las rocas con ese traje, no me parece muy divertido.

Ken reanudó el descenso calmosamente.

—Tengo gustos excéntricos. ¿De dónde sale usted? No le oí acercarse.

—Estuve observándole.

—Entiendo.

—No nos gustan los espías.

—¿Quién es el espía aquí? Usted estuvo vigilándome a mí, si no he comprendido mal.

—Tonterías, sabe muy bien a qué me refiero. Va a tener que darnos una buena razón para su curiosidad.

—¿A usted y a quién más?

Señaló hacia donde estaba la casa.

—Los de abajo —gruñó por toda explicación.

—Ya veo. Si usted cree que eso es necesario...

—Baje delante de mí. Cada vez que aparece un forastero por estos alrededores, por lo general hay dificultades. Andando.

Malloy se encogió de hombros e inició el descenso. Rebasó la posición del otro, aparentemente conforme con las instrucciones.

Pero ahí terminaron las conformidades por su parte.

Apenas el desconocido se movió para seguirle, Ken giró sobre los pies como un rayo. Todo su cuerpo se convirtió en puro movimiento, tan repentinamente que sorprendió a su antagonista desprevenido y así le cazó con el primer golpe en el plexo solar.

El hombre se dobló, rugiendo. Ken cayó sobre él martilleándole furiosamente el rostro hasta derribarle. No era un luchador muy duro el tipo, después de todo.

Ese exceso de confianza le valió un puntapié en la ingle que le arrojó sobre los peñascos con un llameante dolor en el cuerpo. Vio a su enemigo precipitarse sobre él, barbotando maldiciones. Rodó a un lado, apartándose de la siguiente acometida, de manera que esquivó un golpe dirigido a su cabeza y se levantó de un brinco trastabillando.

El desconocido se detuvo a dos pasos de él. Había aprendido la lección y sabía ya que se enfrentaba a un luchador experto, un profesional con el que no cabían descuidos. Enseñó los dientes en una mueca de lobo y jadeó:

—Te la buscaste...

Su mano apenas se movió, cuando dio un paso de costado, pero en ella relampagueó la brillante hoja de un cuchillo afilado como una navaja de afeitar. Ken sintió un escalofrío. Titubeó antes de hundir su mano bajo la americana para empuñar la pistola, porque en los segundos que tardase en estar listo para hacer fuego, el otro podía clavarle el acero si sabía cómo manejarlo. Y no parecían caber muchas dudas al respecto.

Así que se agazapó, tenso como un cable, y esperó.

El rufián se movió lenta y suavemente, sosteniendo el cuchillo casi con descuido, sus ojos de halcón brillando siniestramente. De pronto, Ken pensó que aquel tipo podía dar al traste con todo su trabajo, desbaratar lo poco que había hilvanado, y ello sin siquiera proponérselo.

No podía permitir que diera la alarma entre los habitantes de la gran residencia. Y si le encontraban con una bala en el cuerpo, los efectos serían los mismos.

—¿Qué te pasa, tienes miedo a pesar de empuñar ese cuchillo? —le apostrofó.

—Me gustan los tipos como tú —rió el desconocido.

Apenas había cerrado la boca, cuando saltó con la puntiaguda hoja de acero por delante. Ken volvió a convertirse en puro movimiento, esquivando por una pulgada el criminal envite. Pero ahora ya había adoptado una determinación y sabía cómo debía acabar con aquel hombre.

Su brazo derecho se distendió igual que una serpiente, con los dedos rígidos cual pequeñas barras de acero. Su golpe tuvo la apariencia de un movimiento ridículo, pero el criminal sintió como si acabaran de hundirle un puñal en el hígado. Boqueó, trastabillando, dolorosamente sorprendido.

Entonces fue Ken quién se movió en círculos a su alrededor, agazapado como una pantera, las manos separadas del cuerpo, rígidas como hachas. Había dejado de lado todas las inhibiciones y todas las dudas, porque había llegado a la conclusión de que sólo tenía un camino.

El que conducía a la muerte.

El rufián inició una finta con el cuchillo. Ken esperó. Sus manos se movían lentamente, esperando, aguardando el instante supremo de convertirse en instrumentos de muerte...

Vio en la mirada asesina de su enemigo la decisión de atacar que se reflejaba en ellos, le vio apretar las mandíbulas y lanzarse hacia delante, seguro de asestar al fin la cuchillada definitiva.

El puñal pasó rozando las ropas de Ken y el impulso del golpe fallido hizo que el hombre se precipitase sobre él. Entonces su izquierda golpeó brutalmente la muñeca armada; un mazazo asestado con el borde. El criminal aulló y soltó el cuchillo al

romperse su muñeca. Ni siquiera logró ver la mano derecha de Malloy cuando se abatía salvajemente contra su rostro, sólo dejó de gritar al estallar el golpe sobre el puente de su nariz. Sus ojos giraron como globos blancos y se derrumbó hacia atrás.

Ken se inclinó sobre él, comprobando que estaba muerto. Cuando se irguió, todo el cuerpo volvía a dolerle endiabladamente.

Recogió el cuchillo del suelo y lo colocó en la funda del muerto. Después miró a su alrededor. A pocos pasos los peñascos formaban un desnivel casi vertical, en cuyo fondo se amontonaban rocas caídas a lo largo del tiempo, salpicadas de arbustos y zarzas. Aquello podría explicar la muerte del vigilante ante los ojos de sus camaradas, sin despertar sus sospechas prematuramente.

Levantó el cuerpo inerte y pesado. De nuevo, el dolor de sus huesos molidos por el accidente de coche se agudizó, pero eso no tenía excesiva importancia ante lo cerca que había estado de morir ensartado en el cuchillo del frustrado criminal.

Desde el borde rocoso despeñó el cadáver hasta verlo estrellarse abajo. Estaba empeñado en una partida en que no cabían consideraciones humanísticas, ni siquiera con los muertos.

No respiró tranquilo hasta hallarse de nuevo en el «Cadillac», rumbo a la ciudad y tratando de no pensar demasiado en el hombre muerto y sí en la muchacha que le aguardaba para una cena que, con un poco de suerte, no sería de negocios precisamente.

CAPÍTULO V

Ken se levantó cuando Cynthia se aproximó a la mesa del restaurante del hotel. Un camarero acudió, solícito, acercando una silla.

Él la recorrió con la mirada, más que complacido por el sugestivo y vital aspecto de la muchacha. Llevaba un sencillo vestido muy ceñido, con un discreto escote y los hombros al descubierto.

—Tiene usted el aspecto de un millón de dólares, Cynthia —comentó, reteniendo su mano entre sus fuertes dedos—. Cualquiera hombre estaría encantado compartiendo su compañía.

—No olvide que ésta es una cena de negocios, señor Malloy.

—Ken, para usted. Hay muchas maneras de tratar de negocios.

—¿Ha encargado la cena?

—Espero haber acertado sus gustos.

Hizo una seña al camarero indicándole que podían empezar a servir. Luego, fijó sus ojos en la muchacha. Ella se anticipó, comentando:

—Parece usted cansado, Ken. Y su aspecto, con ese corte en el rostro, no puede compararse con un millón. ¿Ha tenido más dificultades acaso?

—Algunas, pero no es mi apariencia la que importa, sino la suya. Y ahora, hablemos del negocio...

—Ya le dije que lo conseguiría.

Él suspiró, echándose atrás en la silla.

—Cuénteme.

—Falta uno de los historiales clínicos. Todo el expediente, incluyendo el *dossier de radiografías*.

—¿Y bien?

—Pertenecía a Vera Mills-Devereux.

Ken achicó los ojos. Si el nombre significó algo para él, no lo dio

a entender. Sólo preguntó:

—¿Quién es esa dama?

—Una muchacha de veintidós años, descendiente de una vieja familia de aristócratas.

La llegada del camarero cortó el diálogo. La mente de Ken trabajaba metódicamente, sin dejar de admirar la cálida belleza de Cynthia y preguntándose hasta qué extremo podía confiar en ella.

Cuando el camarero se alejó, después de servir los primeros manjares, dijo:

—Una última pregunta y no volveremos a tratar de este asunto hasta después de la cena, ¿sí?

—Adelante.

—Esa muchacha... Vera Mills-Devereux, ¿vive en una gran residencia de la costa?

—Versailles Residence, exactamente.

—Y era paciente del doctor Winton...

—Vera es ciega, Ken. Perdió la vista en el accidente de auto en que murieron sus padres, hace dos años.

—Ya entiendo... Ahora, primor, los negocios quedan suspendidos hasta nueva orden. Hagamos los honores a la cena, ¿de acuerdo?

Ella rió. Malloy se esforzó durante todo el tiempo que tardaron en comer para que la conversación discurriera por terrenos amables, insustanciales, conduciéndola a veces por derroteros de intimidad, tanteando sus posibilidades amorosas para un futuro inmediato.

Apenas acababan de retirar el último servicio cuando ella dijo:

—Es usted un conversador ágil y ameno, Ken... pero me gustaría saber qué más es usted. En todo este tiempo no ha dejado entrever nada de su propia vida, de sus actividades... Nada en absoluto.

—Mi vida es gris para que sirva de tema de conversación.

—Ahora está mintiendo, y lo hace muy mal. Pudiera ser usted un policía de alguna parte, pero en ese caso sus relaciones con el capitán Levering resultarían mucho más cordiales... de modo que no es policía.

—Siga así. Quizá por eliminación llegue usted a alguna parte.

—¿Una especie de juego?

—Poco más o menos.

—Bueno, teniendo en cuenta los detalles más sobresalientes,

tenemos que va usted armado. Lleva una pistola como no había visto otra en mi vida... y no titubea en usarla. Mató a un hombre casi ante mis ojos.

—¿Y...?

—No se mostró usted impresionado en absoluto por haberlo hecho. Es más, se portó con terrible crueldad con el moribundo...

¿Responderá a una pregunta, Ken?

—Pruebe a ver.

—¿Ha matado usted a otros hombres antes de venir aquí?

—¿De veras quiere que responda a eso?

—Sí, Ken.

Titubeó unos instantes. Su mirada perdió la jovialidad al evocar quizá violencias de otros tiempos.

—Sí —dijo suavemente.

Ella sostuvo su mirada unos segundos. Luego, desvió la suya y susurró:

—Comprendo... Eso quiere decir que es un representante de la ley, de lo contrario no estaría libre, ¿no es cierto?

Ken tomó una súbita determinación.

—Voy a ser sincero con usted, Cynthia. Pertenezco a un organismo secreto del Gobierno Federal, y vine a esta ciudad siguiendo una pista, un rastro que el doctor Winton nos mostró, aunque sin ser muy explícito en su breve comunicación. ¿Aclara esto sus dudas?

—Creo que sí. Un agente secreto del Gobierno.

—Digámoslo así.

—Ahora todo queda claro para mí, Ken.

Éste explicó:

—El doctor Winton había formado parte de una organización de información militar durante la guerra de Corea. Cinco años después de aquello se retiró, pero continuó manteniendo la amistad y correspondencia con uno de los jefes. Fue a él a quien confió una sospecha, cuando la tuvo, confirmando así un caso que a nosotros nos llevaba de cabeza desde hace tiempo.

—Comprendo. Era una persona muy atractiva, igual que su esposa.

—Eso tengo entendido. Y ahora, querida, ¿seguimos hablando del historial robado?

—Es algo absurdo, Ken. Esa chica quedó ciega y malherida. El doctor la trató desde el principio. Puede decirse que le salvó la vida y le infundió nuevas ansias de vivir, sacándola de la postración en que quedó después de las primeras curas.

—¿Y...?

—No hay ningún misterio en este caso, Ken.

—Debe haberlo. Mataron al doctor y a su esposa a causa de ese historial precisamente.

—No puedo creerlo. Él hizo cuanto pudo por esa chiquilla. Incluso hizo venir a un especialista de Nueva York para que viera qué posibilidades había de operarla para que recobrase la vista.

—¿Qué dijo el especialista?

—No vio la más remota esperanza. Aconsejó no intentarlo siquiera, porque sería hacerla sufrir inútilmente, aparte de infundirle unas esperanzas que después se verían defraudadas.

—Entiendo. Todo esto debía constar en el *dossier*, *por supuesto*.

—Sí, y los tratamientos a que estaba sometida. Había todos los detalles clínicos que un médico tan meticuloso como el doctor Winton acostumbra archivar.

—Y le mataron por eso. Absurdo... ¿Quién vive con esa chica?

—El ama de llaves, que ya estaba con ella en vida de sus padres; el chófer, un hombre llamado Carone, que es quien la lleva a todas partes con el coche, y un par de empleados más, creo yo.

—¿De qué viven todos ellos, Cynthia?

—No lo sé. Pero la familia de Vera tenía inmensas propiedades y muchos intereses en diferentes esferas de las finanzas. Supongo que tendrá una buena renta.

—Y un administrador, naturalmente.

—¿Cómo?

—No puede controlar ella sus rentas e intereses. Debe haber un administrador en alguna parte.

—Bueno... seguramente; aunque yo no lo conozco.

—¿Quién fue el especialista que vino de Nueva York?

—El doctor Ellison.

Malloy había oído hablar muchas veces del famoso oftalmólogo. Había realizado asombrosas intervenciones quirúrgicas de resultados casi milagrosos.

—Otra cosa, Cynthia... ¿Cuándo visitó el doctor Winton a la

muchacha por última vez?

—Debería mirar otra vez el fichero, pero creo que fue ella quien vino al consultorio... hace aproximadamente una semana. Permaneció en compañía del doctor durante treinta minutos por lo menos.

—¿Solos?

—Naturalmente.

—¿Quién la acompañe en esta ocasión, lo recuerda?

—El chófer y el ama de llaves. Pero ésta se quedó en la sala de espera. El doctor no consentía que ningún acompañante permaneciera en el consultorio cuando atendía un paciente.

—Ya veo. Creo que le he sacado toda la información que precisaba. Tal vez ahora quiera continuar la velada en su aspecto, digamos... social.

Ella sonrió, asintiendo con un gesto.

—En este caso, la dejaré que me guíe. Ignoro los lugares de diversión de la ciudad, de manera que le permitiré servir de guía en nuestro recorrido por los centros de perdición.

—¿Insinúa usted que yo suelo frecuentar dichos antros, Ken?

—Bueno, las muchachas de hoy día... ya sabe lo que se dice, ¿no es así?

Ella se levantó, riéndose. Ken firmó la nota y ambos se encaminaron a la salida. Cynthia comentó:

—En realidad, ésta es una ciudad más bien puritana, Ken. El mejor lugar para divertirse es el Blue Coast, sobre la playa. Hay una orquesta magnífica y un buen espectáculo.

—Entonces, vamos allá.

Abrió la portezuela del «Cadillac». Cynthia se detuvo y exclamó:

—Tenía entendido que tu coche se estrelló, Ken.

—Y es cierto. Compré éste hace apenas unas horas.

—Es magnífico... pero podrías ser más cuidadoso, ¿no crees?

—¿A qué te refieres?

Ella señaló la costosa tapicería del asiento delantero. Había una quemadura en ella, un orificio causado sin duda por la punta de un cigarrillo dejado caer con descuido.

Un escalofrío se deslizó por su espina dorsal. Cynthia se deslizó en el asiento. Él alargó la mano y la obligó a apearse de un tirón, apartándola del auto con tal brusquedad que ella protestó,

desasiéndose, indignada.

—¿Te has vuelto loco? —jadeó, recobrando el equilibrio.

El rostro de Malloy estaba tenso y había adquirido una expresión de ferocidad implacable. Y cuando habló su voz vibraba de ira:

—Ese agujero chamuscado no estaba ahí cuando he abandonado el coche, esta tarde...

—Bueno, pero tu actitud no tiene disculpa. Me has lastimado el brazo, ¿lo sabías?

—Si es lo que imagino, alguien saldrá mucho más lastimado todavía.

—Pero...

—Vete al hotel. Entra en el vestíbulo y aguarda allí.

—¿Por qué? Escucha, Ken, soy una muchacha comprensiva y paciente, no obstante...

—¡Haz lo que te digo! —La interrumpió salvajemente—. ¿O prefieres volar en pedazos?

—¡Ken! ¿Quieres decir que...?

—¡Aléjate de aquí!

Ella retrocedió a trompicones, dominada por un creciente pánico que nunca había conocido. Mas, apenas había recorrido diez pasos, cuando se detuvo al comprender que él estaba jugándose la vida y que cuanto deseaba era apartarla a ella de todo riesgo.

Le vio levantar el capó con infinito cuidado, inclinándose después en las abiertas fauces del coche. Una tensión estremecedora se apoderó de todos sus nervios y hubo de apoyarse contra la pared más cercana porque sus rodillas temblaban y no sabía si podrían sostenerla. Siguió allí, quieta, viendo cómo Ken se erguía poco después, para desaparecer bajo el coche y manipular allí algo que no pudo ver qué era.

Alguien pasó por la acera y la miró con curiosidad. Ella no podía apartar los ojos del «Cadillac», y de pronto se sorprendió temblando por Ken, por lo que podía sucederle si era lo que había imaginado y un artefacto infernal estallaba inopinadamente, destrozándolo y convirtiendo la calle en un infierno.

Suspiró, jadeando, porque casi se había olvidado de respirar, cuando lo vio levantarse y entrar en el auto.

—¡Ken! —exclamó casi sin voz.

Él no la oyó. Avanzó poco a poco, pegada a la pared, los ojos

desorbitados y fijos en la forma oscura que se movía medio tendida en el asiento delantero.

Llegó junto a la abierta portezuela cuando él volvía a inclinarse sobre el motor.

—¡Ken! —repitió.

Él dio un respingo.

—¿Qué infiernos haces aquí? —barbotó, tenso—. ¿Es que no has comprendido nada todavía?

—Creo que... que sí, Ken.

—¡Maldita sea! ¿Piensas que esto es un juego acaso? Hay una libra de explosivos bajo el coche.

—¿Y vas a sacarla?

—¿Tú qué crees? Si es lo que creo, y estalla, volará la mitad de esta calle junto con el auto. Vete de aquí.

—¡Pero deberías llamar a los expertos de la policía!

—Dudo que los polizontes de este pueblo tengan una maldita idea de esta clase de juego. Después de todo, se supone que yo también soy un experto en estos juguetes. Pero aléjate, nena, porque nunca se sabe cuándo explotarán semejantes artefactos.

—Está bien... —dijo. Y comenzó a retroceder otra vez.

Él dijo, deslizándose de nuevo bajo la carrocería:

—Y reza si sabes.

Se detuvo. También la vida pareció detenerse para ella en los minutos que siguieron. De vez en cuando oía alguna que otra maldición proferida por Malloy allá abajo, como si discutiera consigo mismo.

Al fin le vio levantarse sosteniendo, un paquete entre las manos. Corrió hacia él, ansiando echarse en sus brazos, porque los nervios la dominaban. Sólo que Malloy gruñó:

—Espera un minuto, primor; porque no hemos terminado todavía.

Dejó el envoltorio en el asiento y manipuló en los dos cables que surgían de él hasta desprenderlos. Entonces se echó atrás exhalando un largo suspiro.

—¿Ya? —jadeó.

—Ahora sí. ¿Qué sientes después de nacer otra vez, nena?

—¡Oh, Ken...!

—Si el bastardo que ha colocado este regalo hubiera sido más

cuidadoso con su cigarro, a estas horas tú y yo habríamos emprendido el gran viaje. ¿Sabes lo que es eso, pequeña?

—No...

—Plástico. Un explosivo condenadamente bueno. No cabe duda que mi presencia le disgusta a alguien. ¿No crees?

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¿A qué te refieres?

—¿Informarás al capitán Levering?

—¡Diablos, no! Estoy acostumbrado a resolver mis propios asuntos sin ayuda policíaca, primor. No obstante, el incidente ha terminado. ¿Recuerdas que ibas a guiarme por el sendero de la perdición?

Ella le miró, apenas recobrada de la pavorosa tensión sufrida. Y se maravilló de la facultad de recuperación de aquel hombre extraño, por cuanto daba la sensación de que entre el instante de abandonar el hotel y este que vivían, no hubiera sucedido nada.

—Me rindo —suspiró, entrando en el coche—. Vamos a bailar, si consigues desprenderme de ese horrible envoltorio.

—Voy a guardarlo como recuerdo. Quizá pueda serme útil algún día.

—¿Qué?

—No te alarmes. Sin fulminante, y desconectado el sistema de disparo, es tan inocente como una pastilla de mantequilla.

Abrió el portaequipajes. Cuando se reunió con ella en el asiento, sonrió tranquilizadamente.

—Ahora es cuando empieza la noche, Cynthia, querida cicerone. ¿Nerviosa todavía?

—No creo que pueda librarme del susto en un mes.

—Yo me ocuparé de eso.

Inclinándose, la besó suavemente en los labios, presionando paulatinamente, mientras la muchacha respondía al beso como si, realmente, tratara de olvidar el miedo vivido sumergiéndose en la pasión arrolladora que la invadía.

Levantó los brazos y los unió detrás de la nuca de Ken, mientras vagamente pensaba que aquélla era la primera vez que alguien la besaba, porque ciertamente nunca había experimentado la dulce sensación de vital entrega que entonces se apoderaba de ella...

Y así fue como olvidó el miedo.

CAPÍTULO VI

Ken detuvo el coche cuando ella le indicó, pegado a la acera.

—Vivo aquí —explicó Cynthia—. Todavía no comprendo cómo se ha deslizado el tiempo...

—He de reconocer que, como cicerone, eres un desastre, nena.

—Te he guiado hasta aquí, ¿no es cierto?

—Eso se presta a muchas interpretaciones.

—Voy a dejar que me beses y después te diré buenas noches, Ken.

—Nada de eso. Tu obligación es invitarme a tomar la última copa de la noche en tu apartamento.

—¿Quién te dijo eso?

—La experiencia, primor.

—¿A qué llamas tú la última copa?

—La que no se toma nunca. Pero, por supuesto, acepto la primera parte de tu proposición.

La rodeó con sus brazos y la besó larga y ansiosamente. A la muchacha le faltó el aliento y echó la cabeza atrás.

—Deberás conformarte con una cerveza, ¿sabes? No tengo *whisky* en casa.

—La cerveza es mi bebida favorita —aseguró Malloy.

Cynthia abrió la portezuela y se apeó. Ken lo hizo por su lado.

Entonces vieron al hombre que se acercaba resueltamente atravesando la acera. Instintivamente, Ken hundió la mano bajo la solapa, pero se relajó cuando oyó a la muchacha saludar al aparecido.

—¿Qué hace usted aquí a estas horas, Carone?

Ken rodeó el coche. Al acercarse pudo ver que el hombre vestía un elegante uniforme gris.

—La señora Varian me mandó en su busca, señorita —explicó el chófer, dando vueltas a la gorra entre sus manos.

—¿Por qué, alguien se ha puesto enfermo?

—La señorita Vera... y como sucedió esa desgracia con el doctor, la señora Varian ha pensado que tal vez usted podría administrarle el calmante que él acostumbraba recetarle.

—Por supuesto... ¿Sabe usted si quedó alguna dosis en la casa?

—Seguro, señorita.

Ken dijo:

—¿Qué ocurre?

El chófer le dirigió una tensa mirada. Cynthia murmuró:

—Debo ir, Ken. Lo siento.

—¿A Versailles Residence?

—Sí.

—Está bien, yo te llevaré y podremos regresar juntos.

El chófer gruñó:

—Tengo el coche ahí, señorita. Yo la traeré de vuelta.

—Olvídelo. Adelántese y dígales que Cynthia llegará en unos minutos... conmigo.

El chófer titubeó. Luego, de pronto, giró sobre los pies y obedeció. Cynthia dijo en voz baja:

—Ken, ¿crees que es una añagaza?

—Lo único que sé es que todo el misterio gira en torno a esa residencia. No voy a dejarte sola allí, primor.

—Pero si es cierto que alguien de aquella enorme casa es el organizador de los atentados contra tu vida, vas a meterte en la boca del lobo.

—Es posible, pero si estoy a tu lado tendrás una oportunidad. Si vas sola, no dispondrás de ninguna ayuda. A menos, claro está, que decidas renunciar a esa cortés «invitación».

—¿Y si es cierto que la chica se encuentra muy mal? Yo sé cuánto necesita esos calmantes en los instantes de crisis.

—Entonces, andando.

Vieron alejarse el pesado «Bentley» gris. Un minuto después, el «Cadillac» emprendía la misma dirección.

—Ken...

—¿Sí?

—¿Qué vamos a hacer si se trata de una trampa?

—Veremos. Antes de hacer nada debo averiguar si realmente es esa gente la que nos interesa. Pero te confieso que desde un

principio estuve convencido que en algún momento se darían cuenta que tú representas un riesgo en su camino. Ellos no pueden saber si el doctor confió en ti lo que tanto les preocupa respecto a ese historial médico.

—Quizá fuera preferible no ir allí, Ken...

—Tú eres quien debe decidir.

Tras una pausa, ella murmuró:

—Te confieso que estoy terriblemente asustada, pero ya no quiero volver atrás. Después de todo, no creo que intenten nada en su propia casa.

Él no replicó. Siguió conduciendo a la misma velocidad, y hubo de recurrir a toda su férrea determinación para no dar media vuelta y regresar, porque si era cierto que el peligro estaba en la casa de la muchacha ciega, era una locura llevar allí a Cynthia en plena noche.

Apenas cambiaron palabra durante el resto del recorrido. Sólo cuando frenó el coche ante el portón de entrada, Ken recomendó:

—No sé cómo se desarrollarán las cosas, nena, pero pase lo que pase no te apartes de mí. ¿Entiendes? Si hay que escapar lo haremos juntos, y sería un engorro que tuviera que buscarte por todo el edificio antes de poner tierra de por medio.

—Si has pensado que me apartaré de ti ni un momento, Ken, estás loco. Creo que si doy media vuelta y no te veo junto a mí, empezaré a chillar.

Él sonrió. Introdujo el «Cadillac» por la verja que acababan de franquearles. Después de un corto recorrido lo estacionó en una plazoleta en la que ya aguardaba el «Bentley» y otro auto oscuro, un «Mercury» rutilante de cromados.

Un hombre estaba esperándoles en la entrada y esbozó un respetuoso saludo cuando se acercaron.

—Nos alegramos mucho de verla otra vez, señorita Renton —dijo.

Les guió hasta un salón decorado en un estilo recargado y antiguo. Allí, Ken pudo ver de cerca a la mujer vestida de oscuro que descubriera desde su observatorio rocoso, y su aspecto no le gustó. Era alta, delgada, y de rostro anguloso y pálido. Le calculó unos cuarenta años, pero la apariencia de su desgarrado cuerpo igual pudiera haber pertenecido a una mujer mucho mayor.

Cynthia estrechó su mano.

—¿Cómo se encuentra Vera, señora Varian?

—Excitadísima. Ha preguntado varias veces por el doctor... No nos hemos atrevido a darle la terrible noticia de su muerte, de modo que insiste en que le avisemos.

—¿Sabe que he venido yo?

—Sí...

Los ojos acuosos de la mujer se fijaron en Ken escrutadoramente.

Cynthia exclamó:

—¡Oh, perdóneme, señora Varian! Éste es Ken Malloy, un buen amigo mío...

—Y del doctor Winton —añadió Ken suavemente—. Cuando vivía, por supuesto.

La huesuda ama de llaves se limitó a saludarle con un seco movimiento de cabeza.

Cynthia carraspeó.

—¿Dónde está Vera, señora Varian?

—Ha insistido en esperarla a usted en la biblioteca. Cuando está inquieta o nerviosa, suele encerrarse allí. Al parecer, entre las estanterías llenas de libros, los cuadros y todo lo demás, le parece estar más cerca de su desgraciado padre.

—Es comprensible.

El ama de llaves les guió sin pronunciar más palabras hasta unas recias puertas de viejo roble tallado. Dio unos golpes con los nudillos y sin esperar respuesta las abrió, anunciando:

—La señorita Renton acaba de llegar, Vera.

Cynthia se apresuró a abrazar a la muchacha. Las dos se besaron.

Ken se quedó absorto ante la exquisita y delicada belleza de Vera Mills-Devereux. No aparentaba más de veinte años, y su cuerpo era una suave filigrana de soberbio trazado, sostenido por unas piernas largas y bien modeladas. Cuando Cynthia se apartó de ella pudo captar también el arrollador encanto del fino rostro de pálidas mejillas. Sus ojos eran intensamente azules y luminosos. Excepto por que los mantenía fijos en un punto indeterminado, jamás hubieran parecido ciegos.

Cynthia, al apartarse, le mantuvo cogidas las manos y dijo cariñosamente:

—Te ves espléndida, querida... No puedo creer que tu salud sea delicada, viéndote así.

—¿Por qué no ha venido el doctor, Cynthia?

Tenía una voz cálida y ansiosa.

La enfermera dirigió una mirada apurada hacia Ken, que permanecía impasible, inmóvil cerca de la puerta, casi junto a la rígida señora Varian.

—Está fuera de la ciudad. Vera —explicó Cynthia apresuradamente—; le llamaron para una consulta urgente, ¿entiendes?

—¿A dónde?

—¿Cómo?

—¿A dónde le llamaron?

—Oh, en... en Springville.

—¿Y cuándo volverá?

—No lo sé... Tal vez mañana.

—Qué extraño; nunca había estado ausente tanto tiempo, Cynthia.

—Bueno, pero tú no necesitas realmente al doctor, querida.

La ciega no replicó. De pronto, como si un sexto sentido le hubiera advertido, exclamó:

—¿Quién más está aquí?

—Me ha acompañado un amigo mío, Vera. Se llama Ken Malloy... Estábamos juntos cuando he recibido tu aviso. Y la señora Varian, por supuesto.

—¿Ken Malloy? Nunca me habías hablado de él a pesar de haber pasado muchas tardes conversando...

Ken avanzó. Su voz rotunda se dulcificó cuando dijo:

—Por el contrario, Cynthia me habló mucho de usted, Vera.

La muchacha desasíó sus manos y se volvió en la dirección donde había sonado la voz. Tendió la derecha en el aire hasta que Malloy la tomó, estrechándola suavemente.

—Me gusta su voz —dijo con sencillez.

—Lo celebro.

Cynthia se encaró con la señora Varian.

—¿Tiene aquí la dosis de calmante? Y la jeringuilla, por supuesto. No he traído nada porque Carone me dio el aviso en la calle...

La mujer titubeó. Pero se apresuró a decir:

—Lo traeré todo en un minuto.

Dio media vuelta y salió, cerrando la puerta. Al instante, Vera susurró:

—¿Se ha ido?

—Sí.

Sus dedos oprimieron angustiosamente la mano de Ken. Éste la atrajo suavemente hacia sí y susurró junto a su oído:

—No diga nada. Están escuchando en alguna parte. Sólo mueva la cabeza para responder. ¿La inquieta algún peligro?

Ella asintió. Ken levantó la voz:

—Tiene usted una casa impresionante, Vera. No había vuelto a ver nada parecido desde que estuve en Europa.

—¿Visitó París?

—Seguro; residí en París seis meses.

—Oh, Cynthia, tienes que traer a tu amigo alguna tarde para hablar con él de París... Yo pasé dos años en Europa, antes de... del accidente.

Su voz se quebró. Cynthia se apresuró a tomarle las manos y Ken aprovechó para moverse silenciosamente examinando cada pulgada de paredes y cortinajes. Pero era imposible localizar un posible micrófono oculto con tantos libros, cuadros y tapices por todas partes. Regresó junto a las dos jóvenes.

—Me pregunto si alguien ha leído alguna vez todos esos libracos —comentó despreocupadamente. Dio un vistazo a la puerta y susurró al oído de Cynthia—: Habla en voz alta, normal, como si te dirigiera a Vera.

—¿Y qué digo?

—Cualquier cosa... Consejos para sus nervios, o lo primero que se te ocurra. Apresúrate porque no tenemos mucho tiempo.

—Sí...

Tan pronto empezó a desgranar su papel en voz alta, él volvió a acercar los labios al oído de la joven ciega.

—La última vez que estuvo usted en el consultorio del doctor Winton, ¿le confió algún secreto?

—Sí...

—Más bajo, por favor. ¿De qué tiene miedo?

—De todos... suceden cosas... y el médico que vino me asustó

terriblemente...

—¿Qué médico?

—El doctor Ellison.

—¿Le confió eso al doctor Winton?

—Sí... y otras cosas...

—No tema, haremos cuanto podamos por usted.

Cynthia calló y él se apartó de Vera. En aquel instante se abrió la puerta y la mujer huesuda entró con una reluciente bandeja de metal en la que traía todo lo necesario para la inyección calmante.

—Será mejor que esperen fuera —dijo Cynthia.

Ken salió, pero no así la señora Varian, que cerró la puerta y se quedó en la biblioteca.

Malloy encendió un cigarrillo. Sentía sobre sí la inquietante sensación de unos ojos fijos y despiadados. No dudaba de que le vigilaban, sólo rogaba al cielo para que además de micrófonos no tuvieran también puestos ocultos de observación en la biblioteca.

Entretuvo la espera deambulando por el salón distraídamente, pero en realidad su mirada de experto captaba hasta el menor detalle de cuánto veía, y de pronto esos tensos esfuerzos obtuvieron su premio.

Cuando Cynthia abrió la puerta y le indicó que pasara, ya había dejado la observación y comenzaba a pensar metódicamente en la manera de abandonar la residencia en caso de que trataran de impedirselo por la fuerza. No iba a ser nada fácil con las muchachas alrededor...

Vera estaba sentada en una butaca. Se enderezó cuando oyó sus pasos y una tenue sonrisa aleteó en sus labios.

—Cynthia me ha prometido que volverá pronto con usted... ¿No le molestará aburrirse un poco en compañía de una ciega, Ken?

—En absoluto. Además, opino que debe usted pensar menos en su ceguera para que eso no se convierta en una obsesión. Hay muchos otros temas para pensar en ellos.

—Trataré de obedecerle, se lo prometo.

Ken oprimió su mano entre las suyas en un apretón confortante y luego se apartó. Había llegado el momento de abandonar la casa.

—Hasta pronto, Vera —se despidió Cynthia, besándola en las mejillas.

La silenciosa ama de llaves les precedió, ocupándose de cerrar la

puerta en silencio. Ken rodeó la cintura de la muchacha con el brazo izquierdo, mientras su mano derecha se mantenía muy cerca de la culata de la pistola.

Sin embargo, nadie estorbó su paso hasta la puerta. Desde allí, la señora Varian murmuró:

—Le agradecemos mucho su visita, señorita Renton. Puede incluirla en su cuenta y le remitiré un cheque.

—No hay ninguna prisa. De todos modos, espero volver pronto. Alguien tiene que decirle a Vera que el doctor jamás la visitará de nuevo...

La puerta se cerró. Aparentemente, nadie había tocado el «Cadillac», y no era presumible que lo hicieran estallar dentro de la finca.

Junto al «Bentley», el chófer fumaba pacientemente un cigarrillo y ni siquiera les dirigió la mirada.

—No lo entiendo —gruñó Ken, conduciendo hacia la verja de salida.

Tampoco allí encontraron dificultades. Hundió el acelerador al enfilarse la carretera, y durante unos minutos condujo con la atención puesta en el retrovisor.

—Tampoco nos siguen —gruñó—. No tiene sentido. Nos tenían en su propia trampa. ¿Por qué nos dejan marchar como si fuésemos sus mejores amigos?

—Seguramente, porque no se atrevieron a intentar nada en la casa. Debe interesarles mantener las sospechas lejos de allí, Ken.

—¿Qué sospechas? Nadie sabía que estábamos allí. Pudieron hacernos picadillo con toda tranquilidad.

—¿Y Vera?

—¿Qué?

—Ella es la dueña de la casa. La ven en la ciudad una o dos veces cada semana. Va a la peluquería, asiste a conciertos, visita amistades... ¿Crees que si se hubiera armado una batalla en la casa, ella no lo hubiera oído?

—Tal vez tengas razón. Si desatan la violencia allí se verán forzados a encerrar a la chica y eso no les conviene tampoco. Sin embargo, hay algo extraño en esta apresurada llamada. ¿De veras necesitaba la muchacha ese calmante?

—Bien, estaba muy nerviosa, tú lo has visto. Pero otras veces la

he encontrado mucho más excitada.

—Tal vez esa bruja vestida de oscuro le sugirió la idea de que necesitaba la inyección.

—¿Y eso por qué?

—Ahí está el nudo de la cuestión.

Al doblar una curva aparecieron de repente las luces del hotel que ya viera en su primer viaje por esa carretera. Más allá, la oscura masa del establecimiento de baños se destacaba contra la claridad de la playa.

—Vamos a detenemos aquí, nena. He de realizar un par de llamadas, y no me fío de los teléfonos de la ciudad. Lo aprovecharemos para tomar unos tragos. Te confieso que necesito un estimulante...

—Creía que tu bebida preferida era la cerveza —le recordó ella, con evidente sarcasmo.

—Detesto la cerveza... excepto en los apartamentos de las mujeres hermosas.

Estacionó el coche entre las brillantes carrocerías de los que ya ocupaban casi todo el espacio del aparcamiento. Cynthia señaló una iluminada arcada de piedra.

—Al otro lado hay un bar y espectáculo... aunque su pongo que a estas horas habrá terminado. Pero el bar no cierra en toda la noche.

Ella cerró la portezuela y le esperó, preguntándole entonces:

—¿De veras pensaste que había micrófonos ocultos en la biblioteca, Ken?

—Y los había.

—¿Cómo puedes afirmarlo? No creo que estuvieran a la vista.

—Por supuesto que no. Pero descubrí los cables en el salón contiguo. Habían tratado de disimularlos junto al zócalo de mármol, pero sin mucho éxito. Yo mismo los he colocado a veces mucho más camuflados.

El bar estaba casi desierto. Ken encargó las bebidas preguntó dónde estaban los teléfonos y pidió dos llamadas a larga distancia.

—La de Nueva York de persona a persona —aclaró a la telefonista, añadiendo—: Y las dos muy urgentes.

Obtuvo primero la de Nueva York. Encerrado en la cabina inquirió:

—¿Hablo con el doctor Ellison?

—Con su secretaria, señor. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Ésta es una llamada oficial. Comuníqueme con el doctor inmediatamente, por favor.

—Es muy irregular... está ocupadísimo en estos momentos...

—Ya sé que ahí es hora de trabajo, pero esta llamada puede considerarse de interés nacional. ¿Quiere avisarle de una vez?

—Veré si puedo...

Esperó casi un minuto. Después, una voz de hombre dijo a través del auricular:

—Soy el doctor Ellison. ¿Qué significa su extraño modo de llamarme?

—Doctor Ellison, ¿ha oído usted hablar del NSC?

—El National Security Council... Por supuesto que sí.

—Yo pertenezco a ese Consejo. Mi nombre es Ken Malloy. Necesito hacerle unas preguntas, doctor, y según cuál sea su respuesta deberá emprender un viaje apresurado.

—¡Escuche...!

—Primera pregunta —le atajó abruptamente—: ¿Efectuó usted un reconocimiento a una muchacha ciega cuyo nombre es Vera Mills-Devereux?

—Que yo recuerde, no...; deberé consultar el fichero no obstante.

—Espere; esa muchacha vive en Meadows City, Oregón.

—¿Y se supone que la visité en su domicilio?

—Así es.

—Rotundamente, no.

—Es lo que imaginaba. ¿Tampoco oyó hablar de ese nombre, nunca?

—Mills-Devereux... Debería recordarlo... Espere un minuto. Hay algo referente a eso.

—¿Sí?

—Aguarde.

Sonó un golpe seco y luego silencio. Ken encendió otro cigarrillo dentro de la cabina. Casi podía adivinar lo que el oftalmólogo le diría.

Luego, la voz explicó:

—Recibí una solicitud de un médico de esa ciudad... El doctor

Winton. Me rogaba que fijara una fecha para un reconocimiento de una paciente suya. Me pilló ocupadísimo, pero de todos modos hubiera accedido, pero entonces recibí un telegrama cancelando la petición. Eso es todo lo que sé relacionado con este asunto.

—Alguien le suplantó, doctor.

—¿Cómo dice?

—Un impostor usurpó su personalidad, presentándose en Meadows City, y fingió reconocer a esa muchacha.

—Es asombroso... Denunciaré el hecho y...

—Usted no hará nada de eso, doctor. Escúcheme bien; tomará usted el primer avión que salga para Springville. Ésta es una ciudad que está a unas cien millas de Meadows City. Allí alquile un taxi y hágase conducir al hotel Carrier, que es el mismo en que me alojo yo. Espere allí sin darse a conocer. Utilice un nombre supuesto y tráigase usted todo el instrumental que precise para un examen a fondo de esa muchacha ciega.

—¡Pero no puedo abandonar Nueva York ahora! Tengo...

—Quizá prefiera usted recibir la visita de alguien de Washington, doctor. Le aseguro que mis jefes no son tan amables como yo.

—¿Usted amable? Oh, está bien, lo haré. Deberé traerme a mi enfermera jefe para que me ayude en ese reconocimiento...

—Hágalo. Será una buena pantalla si una vez aquí ocupan ustedes una sola habitación.

—Ésta es la primera cosa inteligente que ha dicho usted —rió el médico, a miles de millas de distancia.

Acto seguido, colgó y Ken abrió la cabina para despejarla de la nube de humo que se había formado en el interior.

Inmediatamente obtuvo la segunda llamada. Ésta iba dirigida a cierto número de Washington y fue mucho más breve que la anterior.

Al regresar al bar vio que Cynthia le esperaba con una leve sonrisa en los labios. Una vez más, lamentó que aquélla no pudiera ser una noche como los dos habían planeado...

CAPÍTULO VII

Por segunda vez en un espacio de pocas horas, Ken detuvo el coche frente a la casa de apartamentos donde la muchacha tenía el suyo. Cerró el contacto y las luces y se volvió hacia ella.

—¿En qué piensas, querida?

—Lo creas o no, en las cervezas que aguardan en mi frigorífico.

Él sonrió en la oscuridad.

—Eres una chica de ideas fijas.

Cynthia le rodeó el cuello con los brazos y se acurrucó junto a él, en el asiento.

—Ken... ¿Crees que podremos olvidarnos de todo este horror durante las horas que nos quedan de esta noche?

La besó para evitarse tener que responder. Ambos se fundieron en un duro abrazo que lo significaba todo, mientras el ardor del beso les revelaba en silencio el milagro que ambos ansiaban vivir.

Sólo que Malloy sabía que no lo vivirían aquella noche.

Se desasió con dificultad. Ella tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos le temblaban como alas de mariposa.

—Te amo, Ken —suspiró—. Y sólo hace unas horas que te conozco. ¿Crees que eso sea posible?

—Una señorita no debe decirle eso nunca a un hombre, primor.

—¿De veras?

—Se supone que es él quien debe llevar la iniciativa en estos asuntos. Acabas de pisarme el terreno.

—Tus labios me han dicho más cosas que un diccionario. He comprendido perfectamente su manera de expresarse.

—Si ésa es la clase de diálogo que deseas, no tengo inconveniente en prolongarlo tanto tiempo que te arderán los labios...

—¿Has olvidado que tengo un apartamento?

—Precisamente todo lo contrario. Y justamente eso estropea

todo el cuadro.

—No te comprendo.

—Voy a dar un vistazo a ese famoso apartamento, nena; porque la trampa está en él o en mi habitación del hotel. ¿Todavía no lo has comprendido?

—¿Qué trampa?

—Cuando llegamos al palacio de Vera había un «Mercury» más allá del «Bentley» gris. Luego, al marcharnos, ya no estaba allí.

Ella se echó atrás, súbitamente asustada de nuevo.

—¿Sospechas que hayan mandado a alguien para esperarnos en mi apartamento?

—Ciertamente. Si desean terminar con los dos estarán arriba. Si la pieza de caza soy yo tan solo, la emboscada estará en mi hotel.

—Entonces, podemos burlarlos todavía, Ken. Vámonos de aquí... hay otros hoteles en la ciudad. Podemos inscribirnos en cualquiera. Incluso en las afueras, en un motel...

—Pensé que te habías dado cuenta que me tienen siempre vigilado. No sé cómo se las arreglan ni quién se encarga de ese trabajo, pero no cabe duda que se trata de un profesional. Sabían qué coche había comprado, y así pudieron elegir el mejor tiempo para colocar los explosivos. Después, su chófer estaba esperándote pacientemente cuando podían haberte llamado por teléfono. ¿No te sugiere nada todo esto?

—Sólo me aterroriza...

—Teniéndome vigilado, sabían que estábamos juntos. Por regla general, una pareja que regresa a altas horas de la noche es casi seguro que subirán al apartamento juntos, aunque sólo sea para beber el trago de despedida... y ellos necesitaban alejarnos de tu apartamento. Alejarnos juntos.

—¿Y ahora están arriba?

—Pronto lo sabremos. Dame tus llaves. ¿Hay escalera de incendios en tu apartamento?

—No, pero hay una en la ventana del rellano de la escalera.

—Bien. Quédate aquí. Si todo va bien, volveré a buscarte en unos minutos.

—Ken...

—¿Sí?

—¿Por qué tanta violencia? No creo que sólo se trate de

apoderarse de la fortuna de Vera...

—Presumo que eso es sólo una pequeña parte del asunto. Y si sólo se tratara de eso, nosotros no intervendríamos en absoluto. Sería un caso para la policía local.

—¿Entonces?

—Creo que tienes derecho a saberlo. Seguramente has leído en los periódicos estos últimos tiempos que han sido desarticuladas algunas organizaciones de espionaje extranjeras, ¿recuerdas?

—Sí.

—Muy bien; no se consiguió detener ni a uno solo de los jefes de esas pandillas. Y, lo que es más grave, lograron desaparecer con importantes informes, y en uno de los casos llevándose a un hombre clave de nuestro centro de operaciones secretas.

—¿Un hombre clave?

—Con él en su poder pueden desbaratar nuestra red mundial de agentes, descubrir todo nuestro sistema de claves y barrernos literalmente del mapa.

—Pero no comprendo qué tiene que ver Vera con todo esto...

—Sospechamos que existe una organización clandestina cuyo único objetivo consiste en sacar a esos hombres del país desde la costa de este Estado... Después de algunos estudios, hemos reducido el trecho de costa a la que pertenece al condado de Meadows.

—¡Santo cielo! La residencia de Vera...

—No cabe duda de que allí existe algo más que sospechoso. No se mata a mansalva sólo por una herencia. Los métodos que han utilizado son típicos de operaciones de este tipo. ¿Comprendes ahora lo importante que resulta desenmascararles?

Ella asintió en silencio. Él todavía dijo antes de apearse:

—El doctor Winton sospechó también por dos razones. Una, por algo que Vera le confió. Y, otra buena razón, fue que entró en sospechas también del supuesto doctor Ellison cuando la chica le confió lo que el farsante le había dicho.

Cynthia dio un respingo, porque esa nueva revelación abría ante ella nuevas perspectivas.

—¿Quieres decir que el hombre que la reconoció no era Ellison?

—Ni siquiera era médico. Pero necesitaban ganar tiempo, manteniendo engañado a Winton por un lado, y convenciendo a la muchacha de que su ceguera era incurable, de este modo disponían

absolutamente de la residencia, del dinero y de los yates.

—Pero... tú pareces creer que Vera puede ser curada...

—Eso, sólo Ellison podrá confirmarlo, pero yo apostaría a que puede recobrar la vista mediante una intervención.

—¡Dios mío, si fuera cierto...!

Él abrió la portezuela.

—Piensa en todo esto, mientras esperas. Y tan pronto me haya alejado, pasa por encima del respaldo y tiéndete en la parte posterior del coche, de modo que si alguien da un vistazo por la ventanilla crea que está vacío. ¿Conforme?

—Vuelve pronto, Ken...

Él asintió, cerró la portezuela y atravesó la acera. Sólo que en lugar de entrar al edificio se alejó pegado a la pared hasta la primera calle lateral.

Bajo cada escalera de escape había el número correspondiente a la casa, de modo que localizó sin dificultad la que buscaba. Se encaramó como un gato hasta la sexta planta y allí se agazapó en la plataforma, atisbando por la ventana con infinito cuidado.

Había una luz en el rellano y éste aparecía desierto. Pudo distinguir perfectamente la puerta del apartamento de Cynthia. Dudó unos instantes y se decidió a entrar.

Aparentemente todo estaba tranquilo. No se escuchaba rumor alguno en todo el edificio. Había unos leves arañazos en el metal dorado, que tanto podían haber sido hechos por la muchacha como por alguien tratando de forzarla.

Hizo girar la llave tan silenciosamente como le fue posible. Luego, retrocedió y apagó la luz del rellano.

Empuñó la pesada «Magnum», abrió la puerta de golpe y saltó al interior dejándose caer al suelo, en medio de una oscuridad absoluta. Contuvo la respiración tratando de captar cualquier rumor dentro del piso. No oyó nada. Moviéndose con el sigilo de una serpiente cerró la puerta y se irguió junto a la pared. Había salvado la vida muchas veces gracias a adoptar precauciones aparentemente absurdas, de modo que no se descuidó ni un segundo.

Dejó transcurrir unos minutos. Sus nervios estaban tensos, pero estaba acostumbrado a controlarse perfectamente, de modo que su respiración era lenta, regular y silenciosa. Se deslizó pulgada a pulgada. Su cadera rozó un mueble y se inmovilizó antes de

producir sonido alguno.

Volvió a moverse rodeando el obstáculo, cauteloso, sin tratar de forzar los ojos en la oscuridad, porque era un error cansarlos inútilmente.

Al fin se convenció de que, si había alguien apostado en la oscuridad, disponía de unos nervios y un autocontrol tan perfectos como los suyos propios, de manera que no podría sorprenderlo a menos de arriesgarse.

Empuñó una linterna eléctrica del tamaño de un lapicero, extendió el brazo izquierdo horizontalmente tanto cómo pudo y entonces presionó el resorte, encendiéndola.

El fino rayo de luz culebreó por los muebles, las paredes y las puertas abiertas. Nadie disparó contra él. Nada se movió bajo la luz.

Casi decepcionado, Ken procedió a reconocer todo el apartamento en un par de minutos, incluso el interior de los armarios empotrados.

Estaba desierto.

Suspiró. Esta vez había desperdiciado el tiempo. Cerró la puerta del armario del dormitorio. La luz de la lámpara se deslizó por encima de la colcha azul que cubría la cama. Sobre ella, cuidadosamente plegado, había un vaporoso salto de cama blanco.

Apagó la linterna disponiéndose a encender la luz del techo antes de bajar en busca de Cynthia.

Y en aquel instante una llave se introdujo en la cerradura.

Tal vez la muchacha se había cansado de aguardar, sola en el coche. No obstante, volvió a empuñar la pistola y se agazapó junto al quicio de la puerta del dormitorio.

Alguien se introdujo en el apartamento silenciosamente. Un hombre sin duda. Otro le siguió a juzgar por sus pasos quedos. Después, una voz susurró algo en voz tan baja que más pareció un suspiro. La puerta volvió a cerrarse en silencio.

Los pasos se dirigieron a dónde él permanecía apostado. Retrocedió colándose en el cuarto de baño anexo. Entornó la puerta y contuvo la respiración.

Oyó los inconfundibles rumores de los hombres. Calculó que eran tres y se preguntó qué esperaban para saltar sobre el lecho, si creían que él y Cynthia estaban durmiendo en la cama.

Una voz susurró, cerca de la puerta que le servía de escondrijo:

—¿Listos?

Al instante se encendió la luz. Efectivamente, eran tres pistoleros cuyas armas apuntaban la colcha azul, y todos ellos parecieron muy sorprendidos de ver el lecho desierto.

Ya no se molestaron en hablar en voz baja. El más corpulento gruñó:

—Te dije que no podía haber fallado. Soy el mejor experto del país. ¿Lo crees ahora?

Otro refunfuñó:

—No lo comprendo. El coche está abajo, vacío... ¿A dónde demonios pueden haberse metido?

—Oye, Steve, ¿estás seguro que éste es el apartamento de esa chica?

—¡Claro que estoy seguro!

El tercero se acercó a la cama, como si la visión de ella le subyugara. Otro exclamó:

—¡Apártate de ahí, idiota!

—¿Qué hacemos ahora? A estas horas no es fácil que vengan a acostarse. Deben haberse largado a un hotel.

—¿Por qué? No podían saber que habíamos estado aquí nosotros.

—Bueno, repito la pregunta —insistió Steve—. ¿Qué hacemos?

—Irnos al diablo de aquí. Ese tipo es el más afortunado de cuántos he visto en mi vida...; tiene siete vidas, como los gatos.

—Podríamos esperarles —propuso el que estaba cerca de la cama.

—¿Para qué? Esa pareja igual puede venir aquí como no aparecer en una semana. Están chiflados el uno por el otro y tienen un millón de sitios donde arrullarse. Siempre dije que debíamos cazarlos sin tantos rodeos.

Steve gruñó:

—Ya hemos armado bastante ruido en este pueblo. Los policías merodean por todas partes y no me gustaría que por el poco tiempo que nos queda de estar aquí, nos echasen el guante.

—Entonces, larguémonos. Si vienen está bien, asunto resuelto. Si no, trataremos de echarles la vista encima estén donde estén.

Se decidieron. Ken abrió la puerta silenciosamente.

—Un diálogo muy edificante —dijo.

Los tres giraron igual que peonzas. Dos habían guardado sus armas. El tercero todavía empuñaba la suya. Ken disparó una sola vez contra éste y lo vio saltar en el aire bajo el empuje del pesado proyectil.

Los otros ni siquiera parpadearon, mirándole como si vieran un fantasma.

—Ahora, camaradas, de cara a la pared para que pueda quitaros peso de encima. Después hablaremos un poco... amistosamente, por supuesto.

Ambos obedecieron porque sabían que tenían la muerte tan cerca, que incluso podían sentir en sus entrañas el frío de sus garras.

Se colocaron de cara a la pared. Ken les libró de sus armas, que arrojó a través de la puerta del baño.

—Os explicaré lo que me propongo hacer a fin de que cada uno sepa a qué atenerse. Por cada pregunta sin respuesta, meteré un balazo en algún lugar no vital de cualquiera de los dos. Esta pistola lleva un estupendo silenciador, de modo que no hay miedo de alarmar a los vecinos... ¿Enterados?

Uno asintió con repetidos cabezazos. El otro comenzó a temblar y apoyó las manos en el muro para sostenerse.

—Bien, empecemos...

Nunca terminó. El que aparentemente estaba más asustado demostró que no carecía de recursos, por cuanto, apoyado como estaba en la pared, saltó hacia atrás y arriba, de modo que sus pies juntos golpearon brutalmente a Ken la mano armada, empujándole hacia atrás al mismo tiempo.

La «Magnum» voló y fue a caer al otro lado de la cama. Malloy recobró el equilibrio maldiciéndose por este descuido, pero ya el otro se revolvía, atacándole con desesperada ferocidad.

Esquivó la primera acometida y disparó los puños sañudamente, deteniendo la acometida del pistolero y obligándole a retroceder, cubriéndose mal de la lluvia de golpes.

El otro se había levantado después de su afortunada contorsión, y estaba sonriéndole, seguro de su destreza y confiado en su superioridad numérica.

Se inclinaba un poco hacia delante, los brazos arqueados, las manos abiertas en una clásica actitud de lucha.

Ken dirigió un vistazo al que había recibido los golpes. Jadeaba y recobraba el resuello con dificultad, pero sus ojos llenos de maldad relucían ansiosos de venganza.

Fue éste quien barbotó:

—Sólo empújale hacia atrás...

—Haré algo mejor que eso, ya verás.

Avanzó confiado en sus conocimientos de luchador y Ken le esperó quieto, los brazos inertes a ambos lados del cuerpo. El rufián pareció sorprenderse cuando vio que su enemigo no iniciaba movimiento alguno de defensa.

Tras un ligero titubeo, echó el brazo atrás y descargó un mazazo de abajo arriba destinado a incrustarse más abajo del cinturón de su antagonista. Entonces, Ken se ladeó y disparó el puño derecho contra la cara contorsionada del pistolero. Los nudillos crujieron cuando la mejilla estalló bajo el impacto. Su cabeza pareció a punto de saltar, arrancada del tronco bajo el salvaje impacto.

El otro maldijo y se precipitó al combate. Recibió un tremendo puntapié que enfrió de nuevo sus ánimos, doblándole por la mitad mientras retrocedía, gimiendo y gruñendo.

Ken le siguió sin permitirle un respiro, mientras el otro se recobraba a marchas forzadas. Martilleó su rostro una y otra vez sin darle cuartel. Los duros puños de Malloy hundían y machacaban cartílagos bajo cada impacto, hasta acorralar al pistolero al lado de la puerta, donde cayó de rodillas con el rostro convertido en una cáscara irreconocible.

El otro estaba buscando la pistola al otro lado de la cama. Ken rugió ante ese nuevo descuido, agarró al semi-inconsciente rufián que gimoteaba a sus pies y lo levantó en vilo.

Lo tenía ante él, sosteniéndole sin que sus pies toasen el suelo, cuando el otro se arrodilló junto al lecho empuñando la «Magnum». Una mueca de triunfo distendía sus labios. Apretó el gatillo alocadamente. La bala aulló al rebotar a un palmo de la cabeza de Ken.

Éste balanceó el cuerpo del pistolero que sostenía. Entre las manos, y acabó lanzándolo con todo su ímpetu contra el otro, que se agazapaba presto a rectificar su puntería.

Y entonces sucedió algo asombroso. En el breve instante en que el corpachón estuvo volando, una expresión de inmenso terror

inundó la contorsionada faz del que empuñaba la pistola. Fue solo un instante. Luego, el cuerpo aterrizó sobre la cama con un impacto capaz de hundirla...

Más tarde, Malloy trataba de comprender cómo había sobrevivido al estallido sin explicárselo satisfactoriamente. Posiblemente, salvó la vida cuando la fuerza de la explosión le arrojó de espalda a través de la puerta abierta, de manera que la metralla y los fragmentos de metal y madera que zumbaron como proyectiles pasaron por encima de él y muy pocos cruzaron el portal.

La bomba había sido colocada ingeniosamente en la cama, de modo que estallara tan pronto el peso de dos cuerpos hundiera el somier lo suficiente para que entraran en contacto los extremos de dos cables, sólo que el brutal impacto del corpachón fue la fuerza que desencadenó el cataclismo.

Aturdido, Ken se levantó en la habitación vecina. El caos se había extendido a su alrededor, y al asomarse al dormitorio su estómago comenzó a dar saltos ante el atroz espectáculo de los fragmentos ensangrentados esparcidos aquí y allá, salpicando las paredes, de las que se deslizaban goterones rojos.

Abrió la puerta del apartamento cuando oyó golpear en ella. Cynthia se arrojó en sus brazos casi histérica mientras todos los vecinos del inmueble se precipitaban presas de pánico hacia las escaleras.

Cuando la policía llegó, les sorprendió junto a la entrada del apartamento, estrechamente abrazados, dando gracias al cielo por una vida que en buena lógica debiera haber terminado igual que la pavorosa muestra que ensangrentaba el despedazado dormitorio...

CAPÍTULO VIII

El capitán Levering escuchó en silencio mientras sus hombres se movían por el apartamento, y los enfermeros del hospital reunían en un cesto de mimbre los despojos de los dos pistoleros. El que matara de un balazo estaba ya camino del depósito, casi intacto, porque la explosión sólo había hecho que zarandearlo.

—Podía usted haberme revelado todo esto desde el principio —refunfuñó el policía entre dientes.

—Si fuera revelando mi identidad y mi trabajo a las primeras dificultades, haría mucho tiempo que reposaría bajo una lápida.

—Pero ahora lo ha hecho.

—Dios sabe bien que por pura fuerza. No podía permitir que usted me encerrara o creara dificultades para mi investigación.

—Conforme. Acepto sus razones, y me resigno al hecho de que convierta mi pequeña ciudad en una sucursal del infierno. Pero... ¿por qué Meadows City? ¿Qué hay aquí que no encuentren todos ustedes en otra parte?

Ken sonrió entre dientes.

—Puedo asegurarle que no he elegido yo este lugar, capitán; si eso ha de tranquilizarle.

—Maldito si volveré a sentirme tranquilo hasta que esto haya terminado —rezongó entre dientes—. ¿Puede usted decirme también quién está detrás de ese huracán de violencia?

—No lo sé... todavía. Pero no le quepa duda que lo sabré.

—Espero que lo averigüe usted pronto, Malloy, y se largue definitivamente. Siento escalofríos sólo de pensar que hubieran conseguido matarlo, porque no me cabe duda que habríamos tenido una invasión de esos tipos de Washington. ¿No es así? Porque usted debe haber cursado sus informes, imagino.

—Naturalmente.

—Ya veo. Márchese ahora y déjenos recoger toda esa basura.

Cuando necesite ayuda, avíseme.

—Gracias. Contaré con usted.

Encontró a Cynthia en el vestíbulo custodiada por dos agentes de uniforme. Oscuros círculos rodeaban sus ojos y el bello rostro expresaba un cansancio rayando en el agotamiento. Fuera, en una mañana tibia de verano, la luz pálida del amanecer inundaba el compacto grupo de mirones mantenidos a distancia por los guardias.

—Te llevaré a mi hotel —decidió, rodeándola por la cintura y sosteniéndola mientras se dirigían al coche—. En mi habitación estarás segura de momento, siempre que no te preocupe demasiado tu reputación.

—Eso es algo que sólo le importa a Cynthia Renton, Ken. Llévame contigo.

—Okey.

Los policías les abrieron paso para que el «Cadillac» pudiera maniobrar y alejarse de allí.

—A partir de ahora —comentó Malloy entre dientes—, tendrán que adoptar una decisión desesperada. A juzgar por lo que escuché, les queda poco tiempo de operar antes de levantar el vuelo.

—¿Y qué significará eso, más violencia?

—Posiblemente. Sólo que te mantendré lo más apartada posible de ella... y de mí. Ya has corrido suficientes riesgos en tan poco tiempo.

—¿Por qué crees que piensan marcharse pronto?

—Escuché la conversación de los pistoleros que invadieron tu apartamento, nena. Y tengo una buena idea de sus motivos.

—Entonces, tienes mucho más que yo. Lo único que he sacado de todo esto, es un miedo espantoso y un dolor de cabeza atroz.

—Todo eso se cura fácilmente. Puedes apostar que ellos también gozan a estas horas de un dolor de cabeza monumental.

—¿Te refieres a los habitantes del palacio de Vera?

—A ellos, y al tipo que dirige el negocio. Sólo hay un motivo para que todavía estén aquí, después que saben que les estoy pisando los talones... Sin ese motivo habrían levantado el vuelo desde que llegué.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Les falta sacar del país a nuestro experto. Es una

presa extremadamente valiosa para abandonarla, y las cosas están demasiado tirantes para arriesgarse a una operación apresurada. Ellos no pueden estar seguros de si tengo alguien ayudándome, vigilándoles a distancia tan implacablemente como ellos me vigilan a mí.

—Ahora sé que son unos monstruos, Ken... Se han valido de la pobre Vera, de su ceguera... quizá prolongándola con ese engaño del doctor Ellison, para poder disponer impunemente de la residencia y de sus instalaciones.

—No te preocupes, haré que paguen un precio muy alto por todo esto.

El precio sólo podría ser la muerte, pensó, deteniendo al coche en el estacionamiento del hotel.

Un breve reconocimiento de la habitación le convenció de que allí no habían armado trampa alguna. Corrió las cortinas de la ventana y se quitó la chaqueta, desprendiéndose también del arnés de cuero que sostenía la pistola. Tras esto, se dejó caer pesadamente en una butaca.

—Lo creas o no, estoy hecho trizas. Ven aquí, primor.

Cynthia fue a sentarse sobre el brazo de la butaca. Él la abrazó y durante unos instantes permaneciera inmóviles, uno en brazos del otro, dejando que la paz y el sosiego volvieran a sus nervios.

—¿Sabes una cosa, querido? —susurró la muchacha.

—¿Qué cosa?

—Es emocionante estar a solas contigo en una habitación de hotel.

—Has tenido muchas emociones últimamente.

—Pero no como ésta, Ken...

—Está bien, nena. Te quiero, si es eso lo que está esperando oír. Pero déjame decirte que no es ninguna ganga enamorarse de un tipo como yo.

—¿Quién dijo que lo fuera? Estas cosas suceden y no hay explicación posible.

Se dejó deslizar hasta que sus labios encontraron el beso que ansiaba. Ya no hubo nada más para ninguno de los dos, porque ambos ansiaban vivir aquellas horas las horas de un día que podía ser el último de sus vidas.

Lo último sensato que Malloy pensó, antes de abandonarse

también al éxtasis de aquellos instantes, fue que a la siguiente noche acabaría con el caso... a sangre y fuego si era preciso.

Después, su mente dejó de pensar en nada y sólo vivió.

La muchacha salió del baño envuelta en una manta. Su aspecto era gracioso y adorable. Ken enarcó una ceja, sonriendo.

—Jamás has usado un atuendo más sugestivo, primor —comentó, sujetando la trabilla del arnés en el cinto—. Si sólo pudiera llevarme una imagen tuya a la tumba, elegiría esta...

—No seas macabro, querido.

Él dio un vistazo a la ventana. Estaba oscureciendo.

—Esta noche deberá llegar el doctor Ellison —dijo de pronto, como si el recuerdo le asaltase en aquel instante—. Si todo sale bien, mañana podrás saber la verdad sobre las posibilidades de Vera.

—¿Quieres decir que esta noche todo habrá terminado?

—Así lo espero.

Cynthia se acercó a él, muy pálida.

—¿Y después, Ken?

—¿Cómo después?

—Tu misión habrá terminado, ¿no es cierto?

—Naturalmente.

Le miró intensamente a los ojos. Él empezó a sonreír y le rodeó el cuerpo con sus brazos.

—Estoy seguro que te gustará vivir en Washington, primor. He pensado que necesito a alguien para que ponga un poco de orden en mi refugio.

—Ken, cariño... ¿estás seguro de tus sentimientos?

—Jamás he estado tan seguro de cosa alguna en mi vida. Pero ya te advertí que unir tu vida a la mía, no es ninguna ganga. Soy el tipo menos convencional con que pudiste haber tropezado.

—Odio los convencionalismos... desde que te conozco a ti.

Levantó los brazos para enlazarlos tras la nuca del agente especial, sólo que entonces la manta comenzó a deslizarse a lo largo de su escultural anatomía. Dio un grito y la sujetó a tiempo, apartándose de un salto.

—Será mejor que me vista —murmuró, mientras Ken reía entre dientes—, si es que piensas salir de aquí esta noche.

Él fue hacia la ventana, dándola la espalda para dejarla en

libertad para vestirse. Contempló el tráfico de la calle, la multitud que se apresuraba en las aceras camino de sus casas. Le hubiera gustado saber los pensamientos de aquellas gentes, sus planes para la noche que se iniciaba. Con seguridad, la mayoría se limitaría a contemplar la televisión. Algunos asistirían a un espectáculo. Y habría algunas reuniones amistosas, de matrimonios o jóvenes, y a medianoche todo quedaría quieto y silencioso, con la ciudad dormida.

Y entonces él viviría los instantes supremos de la vida o la muerte, confiando en su habilidad, en su adiestramiento feroz, en su buena estrella quizá, a sabiendas de que podía dejar de brillar en cualquier instante y ello significaría el fin de todo.

—Ya puedes volverte, querido.

Lo hizo. Ella terminaba de abotonarse la tenue blusa blanca.

—¿Estás lista?

—Cuando quieras. Pero insisto en que es absurdo que me dejes a un lado ahora... Después de todo, puedo esperarte aquí.

—Saben que estás aquí. Si cayeras en sus manos podrían utilizarte como rehén, ¿comprendes? Un resorte para doblegarme y obligarme a rendirme. No puedo permitirme el lujo de dejar ni un solo cabo suelto. Te llevaré a las afueras, a un motel cualquiera, y no saldrás de él hasta que te avise o vaya en tu busca.

—Está bien, está bien; no voy a discutir ahora. Se supone que una mujer jamás debe contradecir a un hombre hasta que se ha casado con él.

Ken rió, gozando solo con mirarla, recordando quizá los supremos instantes de amor vividos juntos, tal vez pensando en que no se repetirían jamás si fracasaba en su cometido...

Ella tomó el bolso. Quedaron mirándose con fijeza. Una profunda ternura asomó a las bellas pupilas de la muchacha.

—Cuando quieras, Ken —susurró.

El «Cadillac» rodaba a más de ochenta millas por hora alejándose de la ciudad. El aire silbaba al azotar la carrocería. Ninguno de los dos sentía deseos de hablar.

De pronto, Cynthia dijo:

—¿Es necesario correr a esta velocidad, Ken?

—Es la mejor manera de comprobar si alguien nos sigue.

—¿Y...?

—No hay rastro de ningún perseguidor.

Ella suspiró. Quince minutos más tarde, la muestra relampagueante de un motel apareció frente a ellos. Malloy frenó y se internó por el desvío.

Formuló la inscripción con nombre supuesto. Luego, acompañó a la muchacha hasta un apartamento reducido.

—Será suficiente por una noche. Trata de dormir porque no conduce a nada que estés en vela horas y horas, torturándote.

—¿Crees que podré pegar un ojo, sabiendo que tú...?

—Sólo piensa que es mi trabajo. Una especie de rutina para los hombres como yo. Nos entrenan para esto, ¿comprendes?

—Una rutina que puede llevarte a la muerte.

—Tonterías. Uno de esos pistoleros dijo que yo tenía siete vidas, como los gatos. Y es cierto, nena, créelo.

Ella se arrojó a sus brazos desesperadamente. La besó una y otra vez, porque a pesar de sus palabras también en su ánimo anidaba la duda de si podría volver a verla.

Luego, la apartó suavemente.

—Piensa tan sólo que volveré al amanecer, querida.

Ella tenía los ojos llenos de lágrimas. Comenzaron a deslizarse mansamente por sus mejillas. Con voz ronca por el llanto contenido murmuró:

—Estaré esperándote, Ken...

—No lo hagas.

—Siempre.

Él retrocedió hacia la puerta. Fue aquella imagen adorable, tan bella que no la olvidaría jamás, la última que se llevó al salir.

Supo que ella le observaba desde la ventana, cuando daba la vuelta al coche. Y casi sintió sobre sí los ojos inundados de lágrimas, mientras recorría la explanada hasta la carretera.

Entonces hundió el acelerador y el poderoso coche se lanzó hacia delante igual que contagiado de sus ansias de lucha, de la urgencia por terminar aquel diabólico asunto, de la esperanza de volver a verla cuanto antes, sin que existieran ya riesgos ni temores.

Por alguna extraña razón estuvo seguro que lo conseguiría. No podía imaginar siquiera que su buena estrella dejara de brillar precisamente ahora, cuando tenía la felicidad al alcance de la mano...

O casi.

CAPÍTULO IX

Nadó en silencio, casi dejándose llevar por el suave oleaje. El embarcadero destacaba, más oscuro que la noche, con el yate y la potente motora amarrados a él y meciéndose con un sordo gorgoteo.

Se aferró con una mano en uno de los pilares que sostenían las planchas de madera del amarradero y recobró el aliento. Después, se encaramó lenta y silenciosamente, llevando en una mano la pesada bolsa impermeable.

Se tendió sobre los húmedos maderos. El aire salobre y cálido acarició su cuerpo, sólo cubierto por un *slip* de baño. Volviendo la cabeza podía ver la imponente masa negra del edificio, y algunas luces salpicando la fachada lateral.

Se incorporó y abrió la bolsa. Primero extrajo unas ligeras sandalias de felpa que le permitirían moverse tan silencioso como un gato y protegerían sus pies de la grava del jardín. Después, desplegó un delgado cinto del que pendía la pistola dentro de una funda especial, todo lo cual se ciñó a la cintura. Tras esto, se encaramó por la pasarela del yate y desapareció en sus entrañas.

Quince minutos más tarde repitió la visita en la lancha motora, en cuyo interior permaneció sólo diez minutos. Entonces se encaminó a la casa tratando de recordar la descripción interior que Cynthia le detallara aquella tarde.

Al acercarse, oyó muy débilmente la música de un aparato de alta fidelidad. Pero cuando se pegó a la pared la música cesó y una sombra cruzó un ventanal cerrado Ken se deslizó hasta la fachada delantera, sólo para asegurarse que allí no había nadie. Sólo pudo ver el costoso «Bentley» al otro extremo de la explanada.

La rodeó, guareciéndose tras los arbustos, hasta llegar junto al vehículo. Comprobó que estaba cerrado, pero no así el capó, que levantó con infinito cuidado.

Cuando volvió a bajarlo estaba seguro que nadie sería capaz de ponerlo en marcha a menos que cambiasen los platinos que acababa de romper.

La fachada sur de la casa estaba a oscuras. Según le había dicho Cynthia, allí había una salida de servicio más una trampa que conducía a los grandes sótanos del edificio. Localizó primero la entrada a los sótanos, pero estaba cerrada. No así la puerta, por la que se deslizó a un interior oscuro y silencioso.

Tardó veinte minutos en recorrer la corta distancia hasta un vestíbulo de distribución desde el que partía una escalera auxiliar que conducía a los pisos.

Hasta entonces no había escuchado rumor alguno. Subió los peldaños pisando pegado a la pared para evitar el menor chirrido de la madera. Arriba, se orientó nuevamente valiéndose también de las explicaciones que le diera la muchacha. Pronto comprendió que eso no sería suficiente, porque las vastas proporciones del palacio y el dédalo de pasillos, puertas y rellanos semejaban un laberinto.

Se detuvo, reflexionando rápidamente. Sólo le quedaba el recurso de una acción violenta y por sorpresa, pero para ello necesitaba poner en lugar seguro a Vera La muchacha ciega, en manos de aquella pandilla de rufianes sin entrañas, sería un triunfo en su contra. Y debía proteger la vida de la joven por encima de todo... a menos que el éxito de la misión dependiera de lo contrario.

Sintió un vivo malestar al pensar en eso; pero las órdenes que solían recibir los hombres como él, no admitían vacilaciones. Una vida sacrificada inútilmente es un crimen, pero no cuando de ese sacrificio dependen las vidas de muchos hombres y mujeres que, en distantes partes del mundo, trabajan secretamente por su patria. Y éste era el caso que se le planteaba en esa maldita noche crucial en que sólo una delgada barrera separaba la vida de la muerte.

Decidió confiar en la suerte y reanudó el avance silencioso, tenso y alerta como un tigre en plena selva. No podía hacer otra cosa para buscar a la muchacha y si fallaba en el empeño sabría que ya sólo le quedaba un camino: el de la destrucción total de aquellos hombres que, si estaba acertado en sus cálculos, se disponían a sacar del país el hombre que podía dar al traste con la organización secreta del NSC.

Al fin distinguió el resplandor de una luz brotando de la planta baja. Atisbó por el hueco de la escalera y vio que la luz surgía de una puerta abierta, en el vestíbulo principal. También captó el rumor de una conversación, aunque sin poder comprender una palabra.

A la tenue claridad que llegaba hasta el piso, distinguió varias puertas cerradas, y el ángulo de un corredor que torcía a la derecha. Calculó que estaba poco más o menos en el ala indicada por Cynthia y se internó por ese pasillo, contando las puertas cerradas que encontraba a su paso.

Ante la cuarta a su izquierda se detuvo. Esperó unos segundos a que sus nervios se aquietasen por completo. Luego, probó el tirador con tanta lentitud que el tiempo se eternizó. Giraba, silencioso, y cuando llegó a tope empujó suavemente la puerta abriéndola lo justo para deslizarse al interior, cerrando otra vez tan silenciosamente que ni él mismo pudo captar el menor roce.

No obstante, los sentidos agudizados de la invidente debieron alarmarla, porque su voz surgió de la oscuridad, contenida y llena de pánico:

—¿Quién hay ahí?

Ken se detuvo.

—Ken Malloy —susurró—. ¿Se acuerda de mí?

—¡Usted!

—¡Silencio, Vera, o nos cazarán!

—¿Qué es lo que ocurre, cómo ha entrado?

—Si nos oyen estamos perdidos, Vera.

El susurro imperioso de su voz obligó a callar a la muchacha. Entonces avanzó hasta que sus manos, en la negrura, tantearon las ropas de una cama. Se inclinó hacia delante y musitó:

—He venido para sacarla de aquí y acabar con todo esto, Vera. Pero no hable, no diga nada o nos descubrirán. ¿Puede vestirse sin hacer ruido?

—Estoy acostumbrada a vestirme en la oscuridad, Ken. ¿Olvida que soy ciega? Pero no comprendo...

—No hay tiempo ahora para explicaciones. Las gentes que viven a su alrededor son asesinos y traidores al país. Yo vine para acabar con ellos. El doctor Winton nos dio la pista y...

—¿Por qué no ha vuelto él?

Ken titubeó. No era el momento de asustarla más.

—Lo sabrá todo más adelante, Vera. Ahora, por favor, vístase para que pueda sacarla de aquí.

—Mis ropas... están en un colgador, en el armario. Malloy contuvo una maldición.

—No puedo moverme en la oscuridad como usted —murmuró, impaciente—. ¿Dónde hay una luz?

—Ahí al lado... espere...

Oyó el roce de los dedos sensitivos hasta que una pequeña lámpara se encendió, revelándole los detalles de la habitación. Vera estaba sentada en el lecho, tensa, cubierta por un pijama de seda negro. También vio un salto de cama vaporoso a los pies de la joven.

—Escuche, la noche es muy cálida. La llevaré tal como está, sólo cálcese unas zapatillas y...

—¡No puedo salir desnuda!

—¡Diablos! No está desnuda. Lleva un pijama. Y el tiempo es más valioso que un millón de dólares...

—Está bien... pero tengo mucho miedo. ¿Dónde está Cynthia, por qué no ha venido?

—¿Es que no lo comprende? Pueden pegarnos dos tiros en cualquier instante. No podía mezclar a Cynthia en esto.

Ella colocó los pies en el suelo. Ken se arrodilló para calzarle unas chinelas suaves y en aquel instante Vera susurró:

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted, Ken?

—¡Oh, Dios, con lo que sale ahora! ¿Confía en esos bastardos que la rodean aquí?

—No...

—¿Confió en el falso doctor Ellison que fingió visitarla?

—¿Falso?

—Era un impostor. Yo he obligado al verdadero doctor Ellison a esperarla en un hotel de Meadows City, ¿comprende?

Ella ahogó un sollozo, porque su mente captó en un breve instante todo el alcance de aquella noticia. Y ya no opuso más inconvenientes.

Tendió las manos levantándose. Sus dedos tropezaron con el musculoso torso desnudo de Ken y se echó atrás.

—¿Está usted desnudo?

—Llevo un traje de baño. Vine nadando para entrar sin tocar la verja electrificada.

—¡Oh!

Él tomó su mano y susurró:

—Confíe en mí, pequeña; todo irá bien.

Sólo que los acontecimientos le desmintieron brutalmente. La luz del techo se encendió de pronto y una voz cargada de sarcasmo exclamó:

—¡Qué escena para una historia romántica!

Ken giró mientras su mano empuñaba la automática. Sólo que se detuvo a la mitad del movimiento, porque supo que jamás lograría disparar antes que los dos hombres le acribillasen a él y a la muchacha con sus metralletas.

—Veo que tiene usted unos reflejos envidiables, señor Malloy —elogió con evidente burla el hombre que él conocía como Carone, el chófer—. Una rociada de balas aquí dentro se llevaría por delante a la muchacha, de modo que no haga tonterías. Deje caer esa pistola y colóquese al lado de Vera, ¿sí?

Obedeció, porque no hacerlo era la muerte para los dos. El otro pistolero, que viera en funciones de mayordomo en su anterior visita a la casa, dio un rodeo colocándose en otro ángulo a fin de tenerlos cubiertos sin posibilidad de riesgo alguno.

—Nos ha causado usted infinitos disgustos, Malloy —dijo Carone, todavía con su voz burlona—. Un poco más, y nos estropea el gran negocio, justamente cuando vamos a darle cima de una vez por todas.

—¿Cuándo?

—Esta madrugada, ni más ni menos.

—¿Van Lock?

—Ciertamente, Malloy; su experto, el hombre que conoce todo sobre los servicios secretos estadounidenses... incluyendo los nombres de los agentes desparramados por el mundo.

—¿Dónde lo tienen?

—Le gusta hacer preguntas, ¿verdad? No está aquí, naturalmente. Pero llegará esta noche, y vale un millón de dólares al contado.

—Ya basta, Carone —refunfuñó el «mayordomo»—. Ocúpese de guiar a la chica, Malloy. Vamos a bajar al sótano. Si tiene que

cuidar de ella, no tendrá ocasión de sentirse héroe. Andando.

Las manos temblorosas de Vera buscaron las suyas, y él las oprimió en un vano intento de infundirle confianza.

—No tema —dijo—, son unos bocazas.

Carone rió. Salieron y al final de las escaleras se detuvieron para que el pistolero abriera una puerta. Por otra asomó la señora Varian.

Ken esbozó una mueca.

—Me preguntaba dónde estaría la bruja —comentó—. ¿Qué parte van a darle, Carone?

—Lo mismo que a los demás, aunque hemos de agradecerle que usted redujera la nómina sensiblemente...

Soltó una carcajada y le empujó con el cañón de su metralleta.

Una luz se encendió en un túnel que se hundía en la tierra. Los escalones de cemento estaban húmedos y el aire quieto del sótano era frío. Vera comenzó a temblar. Ken dijo:

—Facilítenle algo de ropa, Carone. Eso no entorpecerá sus planes, creo yo.

—Abajo. Ya nos ocuparemos de eso.

Bajaron hasta el fondo. Una luz solitaria pendía de un techo en el que las telarañas semejabán un tupido cortinaje.

—Aquí estarán bien... hasta que decidamos qué hacer con ustedes dos.

—¿Qué pensaban hacer con ella cuando se marchasen?

—No lo sé... eso depende del patrón. Y ahora, pórtese bien.

Retrocedió hacia la sólida puerta en que le esperaba el otro rufián. Malloy le recordó:

—¿Qué hay de alguna ropa para Vera?

—Vidor le traerá algo después.

Cerraron y todo quedó en silencio. Entonces, los nervios tensos de la muchacha la vencieron y se abrazó a él llorando histéricamente.

Ken le dejó que llorara mientras buscaba en su mente una escapatoria a la desesperada situación. Si bajaba uno solo para traer las ropas, todavía tendría una oportunidad...

—Está bien, todavía estamos vivos —gruñó—. Y seguiremos estándolo por mucho tiempo, pequeña, no temas.

—¿Tú crees? —Ella apartó el rostro, como si pudiera verle—. ¿O

sólo tratas de engañarme para que deje de llorar?

—Quiero que no llores, por supuesto. Pero encontraremos el modo de burlar a esa pandilla, ya lo verás... Bueno, quiero decir que saldremos de aquí. Soy un tipo con muchos recursos, tú sabes...

—Tengo tanto miedo, Ken.

—Yo también, no vayas a creer lo contrario... Ven, siéntate ahí. Esperaremos que te traigan algún vestido.

La acomodó sobre un montón de sacos viejos y vacíos. Más allá había una caja rota. No había nada más en toda la fría estancia.

Poco después oyó girar la llave en la cerradura. De un brinco estuvo junto a la puerta, listo para saltar sobre Vidor si entraba solo...

Entró, ciertamente, pero seguido por Carone, cuya metralleta estaba tan firme entre sus manos, como si formara parte de su cuerpo.

Vidor arrojó algunas prendas de abrigo sobre el húmedo suelo.

—Nuestro huésped llegará dentro de una hora —anunció Carone, triunfalmente—. Con él vendrá el patrón, con el que acabo de hablar por teléfono. Está muy disgustado con usted...; opina que debemos hacer algo para expresarle nuestro disgusto.

—¿Sí?

—También cree que usted y la chica serían unos testigos muy molestos, ¿comprende? Podrían hacer que nos buscasen en cualquier país adonde se nos ocurriera establecernos...

—¿Y...?

—Bueno, deberán quedarse aquí abajo... definitivamente. Vámonos, Vidor, ya tiene algo en que pensar.

—Me gustaría saber cómo piensan escapar, bastardo —dijo Malloy casi amablemente—. Eso es algo que me tiene intrigado...

—Puedo comprenderlo. Tenemos un yate espléndido, ¿lo ha olvidado? Los padres de la chica fueron sumamente generosos con ella... y con nosotros, dicho sea de paso.

Un sollozo partió del lugar donde la muchacha escuchaba, tensa y angustiada. Su voz rota balbuceó:

—¡Canalla...!

—No le hagas mucho caso, pequeña —rió Ken—, es un hijo de perra nada más al que habrá que hacer callar... muy pronto.

Riendo, Carone esperó que su compinche saliera para hacerlo a

su vez y cerrar la puerta.

—Por lo menos, han traído un abrigo y una manta —exclamó Malloy, tomando ambas prendas del suelo—. Será mejor que te abrigues.

—Van a matarnos sin que podamos hacer nada... ¿Por qué, Ken? Sabía que algo estaba sucediendo a mi alrededor...; la señora Varian cambió tanto en estos últimos tiempos... y esos hombres...; pero no comprendo por qué quieren matarnos, no comprendo nada de lo que ocurre...

—Bueno, bueno, no vuelvas a ponerte histérica. Todavía respiramos, y seguiremos haciéndolo por mucho tiempo...

Ella sacudió la cabeza, expresando su convencimiento de lo contrario. Ken la ayudó a ponerse el abrigo después que se hubo levantado. Tras esto, tomó la manta y murmuró:

—Espera un poco. Arreglaré estos sacos y la manta y tendrás algo parecido a un lecho. Quizá tengas que esperar cierto tiempo aquí.

—¿Esperar qué, la muerte, Ken?

—Olvida esas ideas.

Tomó los sacos. Iba a colocarla en el rincón más alejado del sótano para que él pudiera tener más libertad de acción si había de luchar.

De entre el envoltorio de sacos cayó un rollo de cable eléctrico, viejo y desgastado, con algunos trozos en los que los hilos de cobre estaban al descubierto. Lo apartó de un puntapié y ordenó los sacos tal como había dicho. De pronto, algo comenzó a dar vueltas en su cerebro, algo que podía ser una posibilidad...

—Listo, pequeña...

La tomó de la mano y la llevó hasta los sacos, ayudándola a sentarse en ellos y colocando entonces la manta sobre sus hombros.

—Ken...

—¿Sí?

—Siéntate aquí, junto a mí... ¿Quieres?

—Seguro.

De pronto, ella deslizó sus dedos por su rostro con infinita suavidad, mientras musitaba:

—Todavía no te conozco, Ken...

Las puntas de aquellos dedos de seda recorrieron sus facciones

lentamente, deslizándose desde los párpados al mentón, reconociendo los labios, los pómulos, la amplia frente y el nacimiento de los cabellos.

Ken experimentó un estremecimiento bajo el leve contacto. Se sorprendió sintiendo una viva ternura por la indefensa muchacha y juró para sus adentros que nadie la tocaría mientras él dispusiera de un soplo de vida...

—Debes gustarle mucho a Cynthia, ¿verdad? —susurró ella de pronto.

Rió entre dientes.

—¿Tú crees?

—Eres muy atractivo, ¿sabes, Ken?

—¡No me digas!

Ella sonrió tímidamente.

—Pase lo que pase —dijo con su voz contenida—, sé que no me abandonarás, Ken.

—Puedes estar segura. Y ahora, descansa. Yo tengo algo que hacer.

Se apartó de ella y recogió el cable del suelo. Dio un vistazo a la luz del techo. Luego, miró a la puerta.

Podía intentarse.

—De todos modos, es lo único que puedo hacer —masculó entre dientes.

Y acercó la caja para colocarla bajo la luz.

CAPÍTULO X

No sabía cuánto tiempo había pasado. Sólo sabía que se le antojaba una eternidad. Estaba agazapado junto a la puerta, sosteniendo entre los dedos dos extremos desnudos del cable eléctrico.

Éste pendía desde el portalámparas hasta desaparecer en la cerradura. Sólo se escuchaba su acompasada respiración y la más agitada de la muchacha, inmóvil en su rincón.

Estaba aterido de frío, pero no quería arriesgarse a dejar su tensa espera para calentar el cuerpo a base de ejercicios, porque todo podía depender de un segundo.

Un solo segundo que significaría para él y la muchacha vivir o morir.

Y, para centenares de hombres y mujeres en todo el mundo, tendría las mismas consecuencias. Vivirían o morirían en el futuro según él viviese o no.

—¿Dónde estás, Ken?

El susurro de la muchacha le sacó de sus lúgubres meditaciones.

—Aquí, junto a la puerta —respondió en voz baja.

—Me gustaría tenerte a mi lado... Cuando estás junto a mí, no tengo tanto miedo.

—He de seguir aquí. Pase lo que pase, no te asustes. Todo irá bien.

Ella no replicó. Ken había meditado mucho durante aquellas horas interminables. Debían tener establecido un circuito de alarma, o quizá micrófonos también, en la habitación de Vera, y así habían podido sorprenderlos tan pronto entró. En consecuencia, en otras partes de la casa debían tener la misma instalación. Había que contar con eso si lograba salir vivo del sótano.

Otro problema era Vera. Llevarla con él era un pasaporte seguro para ser capturado de nuevo.

Y luego, quedaban el hombre al que llamaban «patrón» y el experto de la Seguridad Nacional que se disponían a sacar del país.

El «patrón» casi podía adivinar quién era, basándose en el perfecto control que habían ejercido de sus pasos desde que llegara a Meadows City. Rechinó los dientes al pensar en eso.

Entonces, ahogados por la gruesa puerta, escuchó los pasos de alguien que se aproximaba. Se irguió, manteniendo separados los dos extremos desnudos del cable. Una llave se introdujo en la cerradura. Sonó el inconfundible chasquido cuando giró.

Ken unió las dos puntas del cable. Hubo un chispazo cegador en la cerradura, un grito ahogado al otro lado y simultáneamente la luz se apagó.

Quien fuera que empuñaba la llave había recibido una fuerte descarga eléctrica.

Ken separó los dos trozos de cable, abrió la puerta de un empujón y se lanzó sobre el bulto que se desplomaba en aquel instante. Apenas dos segundos que lo eran todo.

El hombre era Carone. La mano derecha de Ken subió y bajó como el hacha de un leñador, y al pegar contra la inclinada nuca del pistolero surtió casi el mismo efecto, porque el cuello, al romperse, proyectó la cabeza en un ángulo escalofriante y el pistolero acabó de derrumbarse muerto antes de tocar el suelo con la cara.

—¡Maldita sea! ¿Qué pasa ahí abajo, quién apagó las luces?

La voz de Vidor, arriba, al inicio de las escaleras, puso mayor urgencia en los movimientos de Ken. De un zarpazo se apoderó de la metralleta de Carone. Emitió una suerte de gemido para atraer al otro...

Esperó, pegado a la pared. Toda la casa debía haberse quedado a oscuras al fundirse los plomos. Vidor empezó a bajar peldaño a peldaño, receloso, con cautela...

En el sótano, Vera gimoteó:

—¡Ken! ¿Dónde estás...?

Vidor se detuvo en seco. Malloy, furioso, elevó el cañón de la metralleta y tiró del disparador. La mortal ráfaga barrió la escalera de lado a lado, en abanico. Una ráfaga larga, horrisona en aquel espacio cerrado, y que partió por la mitad al pistolero ahogando su espeluznante alarido de muerte.

Después, se precipitó dando tumbos escaleras abajo. Casi arrolló a Ken y al fin se detuvo, cuando tropezó con el cadáver de Carone.

El agente secreto buscó a tientas la metralleta de Vidor. Luego, retrocedió corriendo hacia la muchacha. Junto a ella dijo de un tirón:

—Acabo de matar a esos pistoleros, Vera. Voy a salir y te dejaré encerrada aquí y me llevaré la llave. Estarás segura hasta que pueda volver a buscarte. ¿Has comprendido?

—¡Llévame contigo, por favor...! Me moriré si me quedo sola ahora...

—Te matarán si vienes conmigo. Necesito libertad de movimientos. Todo depende de unos minutos. No te muevas, no grites, no hagas nada. Yo vendré en tu busca.

—¡Ken!

—¡Oh, infiernos! No te pasará nada. Estarás segura aquí.

Corrió hacia la puerta. Ella todavía sollozó casi sin voz:

—¡Ken, no...!

Cerró la puerta, dio vuelta a la llave y sacó esta de la cerradura. La insertó en el elástico de su pantalón de baño y, cargado con las dos metralletas, subió las escaleras tan silencioso como una sombra, porque sabía que a estas horas había más hombres en la casa.

Hombres que custodiaban su codiciada presa.

La oscuridad era total cuando llegó arriba. Oyó rumores aquí y allá, inidentificables. Asomó la cabeza, pero estaba tan negro todo que no pudo ver nada más que la oscuridad.

Se arrastró valiéndose de los codos, despacio, recordando la disposición de las puertas. De pronto oyó una voz queda muy cerca:

—No se oye nada abajo... ¿Crees que los han matado?

—No sé lo que pasó. Carone debería dar señales de vida... Afirmó que ese condenado Malloy estaba desarmado y desnudo. Vigila la puerta mientras me ocupo de que trasladen las valijas al yate a toda prisa.

—¿Y el tipo?

—Está en el coche, narcotizado. No despertará en unas horas. Ten cuidado...

Alguien retrocedió y la voz calló. Pero aquella voz había sido suficiente para confirmar las sospechas de Ken, que ahora ya sabía quién era el hombre que debía matar...

Esperó unos segundos más. Luego, seguro de recordar la posición aproximada del que hablara primero, comenzó a disparar en abanico con la metralleta de Carone hasta que agotó toda la carga.

Alguien rodó por el suelo. El estruendo de la andanada repercutió en la casa como un trueno que no fuera a extinguirse nunca, y por entre su estrépito sonaron voces agudas, de pánico y alarma.

Corrió agazapado sosteniendo el ametrallador de Vidor, en busca de la salida principal.

La luz de la luna entraba por la puerta abierta. La tenue claridad del vestíbulo le reveló a dos hombres que corrían abatidos bajo el peso de dos o tres maletas cada uno. Se detuvo y la metralleta emitió una vez más su cántico de muerte. Una ráfaga corta y seca, porque ahora tenía a sus víctimas perfectamente visibles.

Los vio saltar como muñecos, mientras las maletas golpeaban el suelo al caer. Esperó, porque alguien debía acudir...

Fue desde el piso que le llegó la respuesta. Un revólver disparó y la bala dio muy cerca de sus pies. Retrocedió de un salto. Desde la puerta, sin que pudiera ver el movimiento, alguien le mandó una ráfaga de metralleta que le obligó a zambullirse de bruces para esquivar el enjambre de plomo.

La voz del «patrón» rugió desde el rellano superior de la escalera:

—¿Le diste, Mort?

—No lo sé, no puedo verlo desde aquí.

—¿Dónde está Fuller?

—En el yate, preparándolo para zarpar.

Callaron. Ken se preguntó dónde estaría la mujer, Varian. Era tan culpable como los otros, pero no se preocupó excesivamente. Había otras cosas más urgentes.

Se arrastró pegado a la base de la escalera. El hombre del exterior debía seguir allá afuera, agazapado, vigilante... El rectángulo pálido de la luna semejaba una alfombra en el oscuro vestíbulo... Se detuvo de pronto. Si vigilaba aquel perfecto rectángulo podría ver la sombra de su enemigo, aunque sólo asomara la punta de la nariz.

Sobre su cabeza, alguien piso un escalón poco firme y la madera

chirrió lastimeramente. No le quedaban más que unos segundos...

De pronto, en un lado del rectángulo pálido se destacó una sombra rompiendo la perfecta línea recta. Ken disparó casi sin apuntar. Una cabeza estalló allá fuera, sin un grito, sólo el espeluznante impacto de los proyectiles contra el hueso y la carne...

Volvió a dejarse caer hacia atrás. El hombre de la escalera asomó el brazo armado y disparó con su revólver bala tras bala, confiando en la suerte...

Ken le mandó una ráfaga. Oyó un grito y el revólver cayó, golpeando las baldosas. Volvió a apretar el gatillo ansiando acribillar a aquel maldito traidor...

No sucedió nada. El arma emitió un seco chasquido. La carga se había agotado.

El hombre de la escalera lo oyó también, porque echó a correr saltando los peldaños de tres en tres y precipitándose a la puerta. Ken le arrojó la metralleta con ánimo de derribarlo, pero falló y el hombre desapareció, sosteniéndose el brazo destrozado con la otra mano.

Se precipitó también a la salida. Los pasos del fugitivo sonaban en dirección al embarcadero. Ken se detuvo en seco. Sólo gritó:

—¡No huya, Levering, no tiene escapatoria!

El capitán no replicó, pero arreció en su carrera. Al fin había dejado que el pánico se apoderara de él.

Ken miró hacia la explanada. Además del inutilizado «Bentley» había un «Oldsmobile» negro, con el que debían haber llegado el resto de la pandilla, al mando de su cerebro rector, el policía renegado que le había mantenido vigilado todo el tiempo...

Seguro de lo que encontraría allí, Ken fue hacia el coche. Una figura humana yacía sobre el asiento posterior, inmóvil, respirando pesadamente.

—Amigo, te salvaste por un pelo...

Entonces escuchó el apagado sonido de los motores del yate. Saltó al volante del «Oldsmobile» y lo condujo hacia el embarcadero, al que barrió con sus faros.

El navío se alejaba sin una sola luz, con los motores diesel a toda la potencia que podían desarrollar. Malloy gruñó:

—Se calentarán demasiado pronto...

Desde la cubierta, alguien comenzó a disparar con un rifle.

Apagó los faros. Los secos estampidos cesaron. La majestuosa forma oscura del yate destacaba contra el brillo del mar, bajo una luna blanca, grande e indiferente, inundado de luz pálida y gris...

Y de repente, en medio de un rugido estremecedor la grisácea claridad se volvió roja en medio de una enorme llamarada, mientras el yate saltaba en pedazos como si se hubiera convertido en un súbito volcán, en cuyo cráter fueron despedazados los hombres que habían estado a punto de dismantelar la mejor y más secreta organización de seguridad del país.

Fragmentos ardiendo caían por todas partes, y chisporroteaban al sumergirse en el mar. La estructura del gran yate ardía, mientras se hundía poco a poco, dismantelada, igual que un esqueleto agonizante.

Malloy avanzó por el embarcadero y entró en la lancha motora. Descendió a donde estaba el motor y retiró la carga de «plástico» equipada con un detonante térmico, idéntica a la colocada en el yate. Esta vez ya no era necesaria...

La arrojó al mar después de separar el detonador.

Sólo entonces regresó a la casa en busca de Vera. Había llegado el momento de ocuparse de ella y podría dar por terminado el infernal asunto.

Luego, Cynthia, y la soledad y la paz.

Y el amor en sus brazos.

EPÍLOGO

El doctor Ellison se recostó en la butaca con gesto de cansancio. Su enfermera ayudante, una mujer de treinta y cinco años, silenciosa y eficiente, comenzó a ordenar los distintos y delicados instrumentos de que se había valido para el prolongado examen, mientras Vera permanecía, rígida, en una silla, consciente de la suprema importancia de aquellos instantes.

Fue Ken quien dijo con impaciencia:

—¿Y bien, doctor?

De modo instintivo, Cynthia introdujo su mano entre los dedos de él, que los oprimió con fuerza.

—El doctor Winton tuvo razón —dijo al fin el oftalmólogo—. Hay un noventa por ciento de probabilidades de que recobre la vista mediante una intervención quirúrgica.

Vera dejó escapar el aire retenido en sus pulmones. La rigidez de su cuerpo se fundió y pareció incluso perder estatura cuando inclinó la cabeza, cubriéndose la cara con las manos y dando rienda suelta al llanto que había estado pugnando por brotar, incontenible como un torrente.

Cynthia desprendió su mano y corrió para abrazar a la muchacha.

El doctor Ellison añadió:

—El accidente no dañó los ojos en absoluto, sino uno de los nervios ópticos relativamente fácil de regenerar. Lo que no puedo explicarme es la monstruosidad cometida con esa pobre muchacha... ¿Por qué mantenerla ciega?

—Porque de este modo, su ama de llaves, y la organización a que pertenecía, podían campar a sus anchas por la extensa finca de Vera. Desde ella, mantenían abierto un canal de información por el que escapaban los espías extranjeros cuando se veían en apuros. Era un camino seguro mientras tuvieran en sus manos el control de la

casa, el yate y la motora. Si Vera hubiese recobrado la visión, todo se habría perdido.

—Ya veo...

—Para mayor seguridad —añadió Ken de mal talante—, quien manejaba la organización era el capitán Levering. ¿Quién mejor que él para mantener bajo control a las fuerzas de la ley, para que no metieran las narices donde no debían? Han estado acumulando dinero durante un año... hasta conseguir el golpe final y definitivo; un golpe de un millón. La venta de un hombre muy importante... Después de eso, sólo les faltaba matar a Vera y desaparecer.

—Afortunadamente, fracasaron gracias a usted. ¿Sabe una cosa, señor Malloy?

—¿Qué?

—No le envidio. Prefiero mi trabajo...

—¿Aunque le hagan venir de Nueva York de vez en cuando, con el pretexto de una misión oficial?

El médico se echó a reír.

—Estoy rendido, hecho trizas. Pero incluso así, sigo opinando igual. Usted, cualquier día, será un héroe, muy bien. Pero un héroe muerto. Mal asunto. Y ahora, si no les importa, quisiera descansar un poco antes de emprender el viaje de regreso. Supongo que la muchacha vendrá con nosotros...

—Por supuesto. Y Cynthia y yo mismo estaremos en Nueva York el día que realice usted la intervención.

—Perfecto. Mi enfermera cuidará de ella a partir de ahora. ¿Dónde podré ponerme en contacto con usted, si preciso cualquier requisito legal? Porque ella no tiene familia, ¿verdad?

—Ninguna. Cynthia y yo salimos para Washington dentro de una hora. He de rendir mi informe allí.

—¿Y necesita a la chica para ello?

—No haga usted preguntas idiotas, doctor —rió Ken.

Luego, cuando el avión especial dispuesto para su traslado estuvo en vuelo, comentó:

—Quizá, después de todo, su pregunta no fue tan idiota...

—¿Qué pregunta?

—La del médico. ¿Recuerdas? Voy a necesitarte cuando presente mi informe.

—¿A mí?

—Seguro. Será la manera más rápida de convencerles de que mi petición de dos meses de licencia para casarme no es un truco.

Cynthia, acurrucada junto a él en el asiento del avión, levantó la cara y le miró con sus ojos brillantes como estrellas.

—¿De veras vas a casarte, amor?

—Seguro. Y tú sabes bien con quién...

Lo sabía, por supuesto. Y cuando él la besó adquirió la más absoluta certidumbre de ello... porque bajo el impacto ardiente de aquel beso no habían dudas de ninguna clase. Cynthia sabía muy bien lo que les aguardaba al final del viaje.

FIN



AVISO

Dada la excepcional acogida dispensada
ininterrumpidamente al más genial de
los autores populares

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en ofrecer a sus miles de
lectores una nueva colección de

ESTEFANIA

el más leído y admirado autor de novelas
del Oeste, cuyo nombre ha llegado a
identificarse con el género que cultiva y
a ser sinónimo de acción directa, de estilo
trepidante, de amenidad, cualidades que
han hecho de él un maestro de la literatura
de acción

En la nueva colección

CENTAURO

el lector hallará las obras que han hecho
de Estefanía un clásico del Western



6.000
NOVELAS DEL OESTE,
MILLONES DE LECTORES
DE LENGUA HISPANA,
MÚLTIPLES TRADUCCIONES
Y VARIAS ADAPTACIONES
CINEMATOGRAFICAS...

son claro exponente del éxito
sin precedentes alcanzado por
las colecciones populares de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.



